

SERVICIO SECRETO

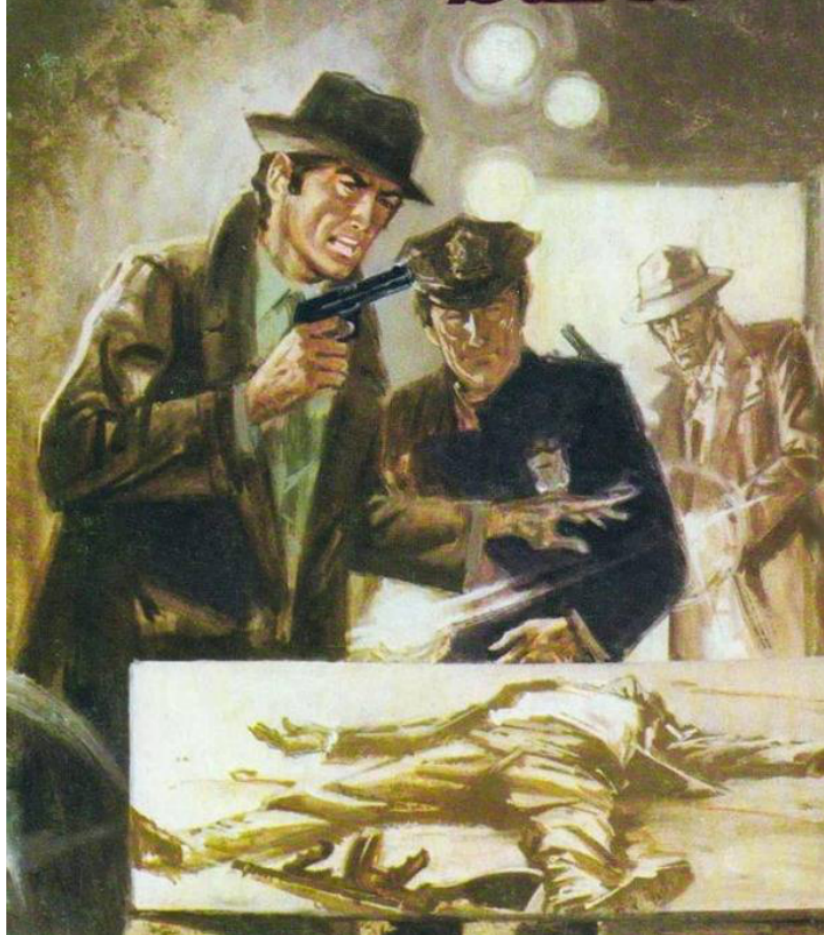
**BRUGUE
RA**

BOLSILIBROS

 **POLICIACO**

**REQUIEM PARA
UN SOÑADOR**

**Rocco
Sarto**





SERVICIO SECRETO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección KANSAS:

1.302 — Joe Laredo.

En Colección PUNTO ROJO:

1.129 — Un caso particular.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.726 — Adiós al servicio.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

680 — El paladín de la pradera.

ROCCO SARTO

REQUIEM PARA UN SOÑADOR

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1.745
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 40.241-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en España: enero, 1984
1.ª edición en América: julio, 1984

© Rocco Sarto - 1984
texto

© García - 1984
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrès, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o
actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1984

CAPÍTULO PRIMERO

Una fría bocanada de aire húmedo dio de lleno contra el rostro de Vallance cuando descendió del coche. El muelle olía a pescado añejo y podrido, a maderas huecas alimentadas de sal y a bruma nocturna, fría y blanca como la mirada de un ciego.

Vallance metió una mano en el abrigo y la sacó junto con una 45 de cañón azulado y cachas oscuras. Quitó el seguro del arma y colocó una bala en la recámara. El chasquido metálico de la pistola repercutió en la atmósfera densa y viajó hasta los depósitos oscuros, rebotó en ellos y se perdió entre las olas lentas del puerto.

La calle ascendía desde el muelle hacia la avenida y reflejado en sus adoquines brillantes por la humedad, Vallance parecía un gigante estilizado y de pasos rápidos. Marchaba con firmeza, moviéndose como un animal experimentado, conocedor de todas las mañas y que, sin embargo, no ha perdido la flexibilidad de los años jóvenes.

Vestía un traje de buen corte debajo del abrigo oscuro y llevaba zapatos acordonados de suela gruesa. Un atuendo sobrio, capaz de adecuarse a un club privado londinense y, también, a una reunión de tahúres del medio oeste empeñados en esquilmar a un niño de papá en busca de aventuras tan salvajes como las que implica una partida ilegal de póquer.

Vallance llegó al portal y echó una rápida mirada a la fachada del edificio. Si había algún esplendor oculto bajo la capa de mugre nadie era capaz de detectarlo.

Subió una escalera que olía a orines de gatos pardos, a sudor pegajoso y a grasa de cocidos miserables. Los escalones de mampostería se convirtieron a partir de la tercera planta, en peldaños de madera crujiente, y Vallance comprobó que la vetusta escalera no resonara más allá de lo aceptable.

La cuarta planta consistía en un pasillo de paredes húmedas,

pintadas de verde, descascaradas, e iluminadas por una bombilla que irradiaba una luz sucia, amarilla y poco convincente.

Dos puertas cerraban los extremos del pasillo, las dos de madera sucia, gris, con las molduras arrancadas hacía demasiado tiempo por lo que había largas cicatrices de tono más pálido a lo largo de la jamba.

La cerradura de la puerta que correspondía al piso del frente era de la época de Maximiliano y Vallance pensó que exigiría una llave del tamaño de un plátano.

Levantó la pierna derecha y asestó una patada seca, frontal y poderosa a la altura de la cerradura. La puerta pareció salir despedida de los goznes, rebotó contra la pared, del lado interior y regresó como un *boomerang*, Vallance la detuvo con el pie y cubrió el ambiente con la 45.

Era una sala cuadrada, sin ventanas, saturada de olor a coles y cuyo único mobiliario consistía en una mesa, tres sillas y multitud de botellas vacías. A la derecha, sobre la pared, había un fregadero oxidado y un grifo que goteaba en silencio.

Una puerta cenada comunicaba con el dormitorio que daba a la calle. Vallance corrió hacia la puerta, la abrió y se hizo a un lado. Dos proyectiles silbaron a la altura de su cabeza y se incrustaron en la pared y la mesa.

—Estás liquidado, Burdley —dijo Vallance y rodó dentro de la habitación, se incorporó a medias y disparó tres veces.

Burdley dejó caer el 38 Special y se miró las manos, un paisaje nervudo y pálido para llevarse a la muerte. Tenía el cuello destrozado y dos borbotones de sangre manchaban su camiseta a la altura de las tetillas.

—Por favor... —dijo un joven con voz implorante.

Vallance se acercó a Burdley, apartó la sábana que cubría a medias sus piernas y luego miró al joven.

—¿Quién eres tú?

—Yo... conocí a Jimmy esta misma noche, en el bar del Griego.

—Dime la verdad.

El tono de Vallance era helado y sus palabras tan lentas como el contoneo de una cobra.

—Por favor... —suplicó el joven—, yo no sabía que estaba metido en líos.

Estaba desnudo, cubriéndose el sexo, encogido y con los cabellos lacios, rubios y sucios pegados a las mejillas hundidas. Llevaba marcas de múltiples pinchazos en ambos brazos y tenía las rodillas demasiado delgadas.

—No creo que te convenga hablar de esto, chico.

Pero recuerda mi rostro, porque si me veo obligado a venir a por ti sería lo último que veas en tu estúpida vida. ¿Me has comprendido?

—Sí, señor.

—Vístete y largo de aquí.

El joven se puso un vestido granate con lentejuelas, zapatos de tacón alto, una peluca de cabello natural, color pelirrojo, y cogió un bolso de seda negra.

—¿Cómo te llamas?

—Me dicen Vicky.

—De acuerdo, Vicky, piensa en lo que te he dicho.

—Yo...

El joven parecía indeciso y Vallance no le facilitó la situación. Durante un minuto largo observó cómo jugaba nerviosamente con el pequeño bolso de seda negra hasta que por fin señaló al muerto y añadió:

—Yo... él me ofreció veinte dólares y...

Vallance fue hasta la chaqueta que pendía del respaldo de una silla, sacó un billetero de cuero de foca y hurgó dentro. Retiró un par de billetes y los alargó al joven.

—Ahí tienes treinta dólares —dijo Vallance.

El joven echó atrás algunas guedejas rebeldes de la peluca, se frotó una lengua gorda y roja por los labios pálidos y sonrió con una perversa coquetería. Luego pasó como un rayo junto a Vallance y su figura delgada y macilenta desapareció del piso. Sus pasos veloces repicaron en la escalera de madera hasta que, superada la tercera planta, dejaron de oírse.

Meticulosamente, sin perder un instante, sabiendo exactamente el orden que debía llevar el registro, Vallance procedió a repasar palmo a palmo las dos habitaciones y el pequeño cuarto de baño de que constaba el piso.

Por fin halló lo que buscaba dentro de la flor de la ducha. La flor había sido soldada al caño que emergía de la pared por lo que debió

quebrarlo a golpes. Se trataba de un pequeño tubo del tamaño de un supositorio infantil protegido por una funda de goma que procedía de un preservativo. Una chapuza de gran utilidad. Extrajo el pequeño tubo y lo introdujo dentro de una de las balas de calibre 45 que colocó luego en el cargador del arma. Repuso los proyectiles utilizados, cerró la puerta del dormitorio y comprobó que a pesar de la patada recibida, la puerta de entrada todavía podía cerrarse desde el exterior.

Mientras descendía las escaleras, sujetando la 45 dentro del bolsillo del abrigo, Vallance pensó que aquella mezcla de olores que le acompañaban aparecería durante mucho tiempo en sus domesticadas pesadillas.

Levantó las solapas para cubrirse las orejas del viento del amanecer y echó a andar hacia la avenida distante. El barrio dormía con una indiferencia construida a lo largo de decenios de grescas, muertes y pitidos policiales. Tres disparos del calibre 45 no eran más que una nota inoportuna en medio de la madrugada; un sobresalto maldecido por los borrachos. Una mancha empobrecida sobre la piel de la miseria.

Una ducha caliente y luego otra fría le llenaron el cuerpo de esa energía ficticia que se necesita en los momentos en que la fatiga parece cernirse sobre el cuerpo como una funda de gelatina.

Vallance se vistió con un traje blanco, camisa azul, corbata roja y mocasines de lona blanca. Reunió sus pocas ropas en una maleta mediana, ajustó la pistolera al cinturón, sobre los riñones, y abandonó la habitación del hotel. Pagó en la recepción cien dólares en efectivo y dio cinco dólares al botones que le trajo el coche.

Eran las dos de la tarde cuando llegó a Tijuana y devolvió el coche de alquiler a la agencia. Caminó un par de manzanas, cogió un taxi, se apeó en el mercado, se paseó por entre los puestos de frutas y legumbres durante media hora, indolente pero con los reflejos atentos y, por fin, un segundo taxi le llevó hasta un aparcamiento céntrico. Recuperó allí un Chevrolet de color gris, semejante a otros cien mil automóviles de las mismas características, y enfiló hacia la frontera.

No pensaba en nada, sólo en que se había quitado un peso de encima. Había buscado a Burdley durante tres semanas y, finalmente, consiguió dar con él en Ensenada, viviendo como un

pordiosero y con la mercancía intacta. Sintió un sabor amargo en la boca y chasqueó la lengua antes de regalarse un trago de *bourbon* de la botella que llevaba siempre en su maleta. El gusto amargo nada tenía que ver con la muerte del tipo, sino con un hastío feroz que iba apoderándose lentamente de sus emociones en cuanto acababa una misión.

Los guardias fronterizos metieron la cabeza dentro del Chevrolet y Vallance olió el fuerte hedor a sudor concentrado por las horas padecidas bajo un sol mortal.

—¿Algo que declarar? —preguntó el aduanero.

—Sí, llevo tanto calor en el cuerpo que voy a perder el gusto por México durante una larga temporada.

—Los hay que tienen suerte —dijo el guardia.

Vallance subió el cristal de la ventanilla y dio toda la potencia al aire acondicionado. El viaje hasta San Francisco fue tranquilo y sólo se detuvo para llenar el depósito de gasolina, beber un par de cervezas y engullir cuatro huevos revueltos. Entregó el coche de alquiler en la agencia y cogió un taxi hasta la autopista de Embarcadero. Le dijo al chófer que condujera a lo largo de la bahía y se apeó en Bay Street. Caminó algunas manzanas y cuando estuvo absolutamente seguro de que nadie le prestaba la menor atención, llamó otro taxi y se hizo llevar hasta el aeropuerto.

Cuatro horas más tarde llegaba a Nueva York y justo cuando su reloj de pulsera indicaba las siete de la tarde, franqueaba las puertas del Walgreen's Bienvenue, en la Calle 50 Este, junto a la Madison Avenue.

Para cualquiera que haya estado alguna vez en el Walgreen's, el local produce una impresión muy particular. Es un bar y restaurante que parece detenido en una década donde el mundo estaba en alza y mucha gente aullaba que lo que necesitaba el poder era imaginación. A partir de entonces, los parroquianos se contaban entre la población que se paseaba entre los treinta y los cuarenta años, añoraba un mundo que se le había escapado de las manos y estaba cada día más resignada a aguardar el hongo atómico.

Vallance no pensaba en todo ello cuando buscó la mesa prevista, bajo un póster amarillento desde el que Bob Dylan parecía el presidente de la oposición del gremio de peluqueros, y se sentó frente al hombre que le aguardaba.

—¿Todo bien? —preguntó el hombre.

—¿Qué esperaba?

—Todo un carácter, ¿eh?

—Déjese de frases. ¿Tiene el dinero?

—¿Lo ha conseguido?

—Por supuesto.

—Será mejor que me lo entregue.

Vallance encendió un cigarrillo. El camarero se acercó a la mesa y pidió un *whisky* con soda.

El tipo que tenía ante él era el mismo que había operado como enlace en el momento de encargarle la misión y establecer los contactos fijos. Un hombre de mediana estatura, torso poderoso y cabellos peinados con laca. Llevaba un traje de lana gris con chaleco y camisa blanca con dos botones en el cuello. La corbata, negra y de punto, crecía a partir del nudo como el buche de un palomo satisfecho.

Vallance le conocía por el nombre de Raymond Petiboard, y no le gustaba el nombre y tampoco su propietario, aunque ambos fuesen falsos. Bebió lentamente la mitad del *whisky* y encendió otro cigarrillo.

Petiboard parecía divertido, no expresaba emoción alguna en su rostro perfectamente rasurado que olía a loción. Sólo sus ojos inquietos y alerta atendían los movimientos del personal que deambulaba de uno a otro extremo del salón como extras de una película progresista que se relajan antes de que el director indique el momento de iniciar la filmación.

Una mujer joven, tal vez veintidós años, envuelta en una capa color color amarillo, pantalones cosacos verdes, botas de ante color *beige* y una melena ensortijada y oscura como el pecado se detuvo junto a los dos hombres, apoyó las manos en la mesa y sonrió hasta conseguir que el mundo desapareciera a su alrededor, empujado por la belleza de su rostro feliz.

—¿Tenéis entradas para el concierto de esta noche? —preguntó, clavando los ojos verdes en Petiboard.

—Me temo que no.

—Pues, es sencillamente imperdonable —rió la chica.

—¿Qué clase de concierto es ése, muchacha? —inquirió Vallance.

—Revival.

—Eres muy joven para los espectáculos *revival*.

—Soy algo anticuada. Cinco dólares cada una —dijo, y depositó un par de tarjetas rectangulares, doradas y negras.

Petiboard sacó un billete y lo entregó a la muchacha.

—Siempre es un placer tratar con caballeros —dijo ella y se apartó con un paso de baile que hizo ondular la capa en el aire como un fantasma *pop*.

—Dichosos de ellos —comentó Petiboard—, porque ignoran lo que hemos de hacer nosotros para que puedan pasearse por los sitios de moda ofreciendo entradas a los espectáculos *revival*.

Vallance se limitó a mirar las evoluciones de la muchacha. No le interesaban las posturas filosóficas de aquel individuo y no estaba dispuesto a soportarle más allá de lo necesario. Y lo necesario estaba ya en su momento idóneo.

—Acabemos con nuestro negocio —dijo Petiboard—. Tengo mucho que hacer.

—Creí que esto era lo más importante del mes. Mi trabajo quiero decir. Cuando nos reunimos la primera vez, me llevé la impresión de que la seguridad del mundo libre dependía de mis esfuerzos. Ahora sólo se trata de un breve intercambio, lleno de naturalidad, tras el cual usted se irá a contribuir con la causa de occidente. Amigo, me gustaría observar algún respeto en sus ojillos de buitre.

Petiboard sonrió con amplitud. Estaba vacunado contra la ironía, el sarcasmo y la crítica. Era un eficiente funcionario gubernamental, uno de los pocos afortunados que operaban entre bambalinas, con las manos sucias de una sangre que jamás reconocerían sin una mirada estupefacta.

—Su contrato ha terminado, Vallance. Liquidemos el negocio y cada uno a lo suyo.

—Lo mío y lo suyo no es tan diferente.

—Se equivoca, amigo mío. Usted es un contratado y yo un efectivo. ¿Comprende la diferencia?

—¿Usted qué cree?

Un hombre joven, vestido con un traje de pana color rosa, zapatos rojos, camisa de seda negra y un sombrero Stetson de un sorprendente color fucsia, besó ostentosamente a la muchacha de la capa amarilla y dijo algo muy gracioso que provocó una gloriosa

carcajada en la mujer. Luego, con pequeños pasos muy estudiados, bamboleando la estrecha cadera y con una mirada ambigua exacerbada por el maquillaje, se alejó de ella y buscó la compañía de un tipo de mediana edad completamente saturado de alcohol.

—Estupenda fauna, ¿no cree? —comentó Petiboard.

—El amigo Burdley pertenecía al equipo gay.

El rostro de Petiboard, por primera vez, exhibió una sutil transformación. Se inclinó hacia adelante y miró fijamente a Vallance.

—¿Qué quiere decir?

—Estaba en compañía de un travestido llamado Vicky.

—¿Cuándo?

—No haga preguntas estúpidas —replicó Vallance, acabando el *whisky* de un trago.

—¿Cuándo? —repitió el otro.

—Cuando acabé con él. Estaba en la cama con el tal Vicky desnudo como un efebo de largas pestañas y boca viciosa.

—¿Le mató?

—¿A Vicky? Claro que no.

—¡Maldito idiota...!

Vallance estiró una mano por encima de la mesa, cogió al señor Petiboard por el cuello y apretó en el lugar apropiado.

—No me gustaría romperle la tráquea. No me gusta usted ni los individuos de su especie. Los que ordenan cómo tratar la basura sin ensuciarse la pajarita. De modo que cuide su lenguaje o ya no podrá lucir su sonrisa mentirosa. ¿De acuerdo?

Petiboard asintió. Vallance aflojó la presión y luego apartó la mano.

—Permítame que le explique cuál es exactamente su situación —dijo Petiboard friccionándose el cuello enrojecido—. Es usted un lobo solitario, un agente por contrato, una especie de asesino eficiente y sin escrúpulos de ningún tipo. Es, por lo tanto, absolutamente prescindible.

Ahora el tono de Petiboard había perdido su fría petulancia y delataba el estado de ánimo del hombre. Estaba furioso, pero llevaba demasiado tiempo conteniendo sus emociones detrás de su fachada de impunidad como para que sus exabruptos llamaran la atención del público del bar.

—Todos, Petiboard, todos somos prescindibles —sentenció Vallance.

—Deme la cápsula, llévese el dinero y en paz...

—¿Y si no lo hago?

Petiboard se permitió una sonrisa.

—No habrá un solo sitio en el mundo donde pueda disfrutar de su dinero. Créame, cerremos el trato y hasta nunca.

—¿Hasta nunca?

Raymond Petiboard reconoció aquella partícula helada que caracterizaba la voz de Vallance cuando se sentía presionado. Observó el rostro duro, de boca grande, pómulos marcados y ojos inquietos; vio la tensión de los músculos bajo la chaqueta y el halo de violencia controlada que parecía envolver la figura del agente.

—No se ponga nervioso —se apresuró a decir Petiboard—, a fin de cuentas nos necesitamos... por el momento. Sus servicios son siempre satisfactorios.

—Diga a sus superiores que no deseo volver a tratar con usted, señor Petiboard.

El hombre del gobierno estiró la mano y Vallance sonrió brevemente cuando depositó sobre la palma húmeda el proyectil calibre 45.

—Aquí está el dinero convenido, Vallance.

Petiboard se puso de pie, pero no tuvo ocasión de marcharse.

—Un momento, aún no he contado el dinero.

—¿Desconfía?

—Siempre, y continúo con vida —replicó Vallance.

Abrió el sobre y contó rápidamente. Cincuenta mil dólares es una suma respetable, sobre todo si corresponden al segundo pago de una cantidad exactamente igual.

—¿Puedo marcharme? —inquirió Petiboard sin asomo de burla.

—No me gustan las sorpresas, de modo que no piense ninguna para mí.

Petiboard salió del local con paso firme, lentamente, seguro de sí mismo. Dejaba atrás una situación que le producía inseguridad. Jamás había podido tratar con soltura a los tipos como Jack Vallance, y no había muchos como él.

Vallance era autosuficiente, letal y rápido. No tenía domicilio fijo, ni una mujer recluida en un rancho de Alabama, ni parientes

que permitieran al Club ejercer sobre él una cierta presión.

Los chicos del Club, a la vez, podían emplearle a sabiendas que el enemigo, cualquiera que fuese, tampoco podría quebrar a Vallance y, por tanto, el juego se tomaba cada vez más sutil.

—Camarero.

—Diga, señor.

—Un *whisky* y la cuenta, por favor.

—Su consumición está abonada. Le traeré la bebida. Dispense.

Vallance se permitió una sonrisa. El Club solía tener aquellas atenciones. A fin de cuentas, los que pagaban eran los contribuyentes y, entre ellos, aquella treintena de hombres y mujeres que pululaban por el local del Walgreen's Bienvenue como un equipo intelectual bien entrenado, ligeramente satisfecho, ligeramente insatisfecho, absolutamente encantador y propenso a las actitudes contestatarias respecto de todos aquellos temas que surcan las páginas ensangrentadas de todos los periódicos.

—Basura... —dijo Vallance, más divertido que irónico.

—¿Decía el señor? —preguntó el camarero, mientras dejaba la copa de *whisky* sobre la mesa.

—Que tienen aquí un estupendo ambiente —sonrió Vallance—, se huele el entusiasmo y eso siempre ayuda a soportar la vida. ¿No lo cree usted así, amigo?

—Desde luego, señor.

Vallance dejó diez dólares de propina al camarero y se alejó con el *whisky* en la mano. Lo bebió junto a la barra y, antes de salir, dejó la copa vacía sobre el busto descascarado de un viejo prócer desconocido que custodiaba el acceso al Walgreen's con una expresión de infinito hastío.

Cuando salió a la calle, el viento del otoño le golpeó el rostro con su fuerza helada. Se subió las solapas y echó a caminar en dirección a la Madison Avenue. Al llegar al Radio City Music Hall torció a la derecha y se encaminó hacia el Central Park. El sol no había dejado otro rastro que un arco púrpura y sucio en el otro lado del Hudson y los neoyorquinos corrían hacia sus coches, hacia el metro, hacia las estaciones de trenes, hacia el fin de la jornada.

Le gustaba Nueva York y gozaba del frío y del bullicio. Se detuvo en una tienda de periódicos y compró un ejemplar del *New York Times* y una guía de la ciudad. Conocía Nueva York como la

palma de su mano, pero le gustaba comprobar los nuevos datos recogidos en las últimas guías editadas.

Fue entonces, mientras hojeaba la guía, cuando observó el automóvil. Le llamó la atención su aspecto anodino y la antena que emergía, erecta, del centro del techo. Sin apartar la vista de la guía, continuó su camino hacia el Central Park. Lentamente, con una naturalidad adquirida con los años de infinita experiencia, introdujo la mano derecha en el bolsillo del abrigo y, a través del agujero practicado en él, aferró la culata del la 45.

No tuvo la menor duda. Petiboard había dado orden de acabar con él. El Club, seguramente, había decidido que ya llevaba demasiadas misiones contratadas como para continuar siendo un elemento confiable.

Así de sencillo.

CAPÍTULO II

El Club había tachado su nombre de la lista. Vallance apretó el paso, cruzó la Avenida de las Américas, echó un vistazo rápido al New York Hilton y buscó una salida para su problema. No creía que estuviesen dispuestos a abrir fuego contra él desde el automóvil y menos a aquella hora. Era posible que hubiese dos o tres agentes siguiéndole los pasos a pie y que él no había detectado todavía.

—Señor... por favor, será sólo un segundo —dijo una voz a su lado.

Vallance se detuvo ante un tipo delgado, vestido con un *smoking* raído que sostenía una galera roja entre las manos y someta con grandes labios amarillos de payaso.

—¿Sí?

—La subasta está a punto de comenzar y estoy seguro de que hallará algo que le interese entre tanta basura.

En uno de los salones, a su lado, sujeto al enorme escaparate, Vallance leyó: «Gran Subasta Anual de Desechos».

—Créame sólo porque soy un viejo payaso —dijo el tipo disfrazado con una voz trémula.

—Está bien —dijo Vallance y entró en el local guiado por el otro, mirando con naturalidad hacia atrás, sonriente, con la mano derecha firmemente aferrada a la 45.

Una muchedumbre divertida y vociferante recorría un amplio salón saturado de los objetos más inverosímiles. Había allí una armadura medieval de color rosa, una colección de sombreros extravagantes, una canasta perteneciente a un antiquísimo aeróstato de experimentación y que había sido convertida en un sofá-cama

decorado como la sala de recepción de un lupanar barroco, bicicletas y triciclos, uniformes militares y toda una deslumbrante colección de fotografías pornográficas de principios de siglo con sus

figuras reproducidas en cera a un costado.

Vallance atravesó el salón, ya desembarazado del payaso de etiqueta, y llegó hasta una escalera que descendía al sótano. Un tipo estaba de pie en el primer peldaño impidiendo que los visitantes bajaran.

—¡Maldita sea! —bramó Vallance desabrochándose el abrigo y dejando a la vista su traje blanco de colonialista elegante—. ¿Has visto a Willie?

El tipo se encogió de hombros y, automáticamente, se hizo a un lado para permitirle pasar.

—Si ves a Willie dile que está despedido. No tiene perdón de Dios lo que ha hecho —farfulló Vallance con irritación mientras desaparecía en dirección al subsuelo.

Media docena de operarios trabajaban frenéticamente con los objetos que serían subastados poco después. La exposición continuaba allí, más desordenada y, si se quiere, todavía más demencial ya que había multitud de mercancías a las que hacía falta una reparación de último momento: maniqués descabezados, uniformes rasgados, instrumentos que parecían provenir de los escombros de Hiroshima y, por último, un gigantesco monstruo de Frankenstein con la tapa del cráneo abierta y convertida en un monumental florero de gardenias artificiales y elefantiásicas.

—¿Por dónde pudo haber escapado ese maldito de Willie?

—Tal vez por la salida posterior —replicó un anciano, completamente atrapado por el trabajo que tenía entre manos: seccionar el ojo de gelatina de un maniquí con una navaja de barbero en una clara imitación de *El perro andaluz*.

Vallance llegó a la puerta posterior, la abrió y se encontró en un patio sucio y lleno de cajas de cartón, bolsas de serrín y flejes de metal. Cruzó el patio y fue hasta una escalera de hierro que subía al nivel de la calle.

Miró hacia arriba y sólo pudo sentir la opresión de los rascacielos contra el cielo del anochecer. Subió la escalera y llegó al callejón interior que corría detrás de los salones. Sacó la 45 del bolsillo y con ella delante del rostro avanzó junto a la pared en busca de la avenida.

Se asomó. Una plaza desierta y seca llevaba hasta la avenida. Devolvió el arma al bolsillo y corrió con rapidez en dirección a las

luces de neón, el tráfico continuo y multicolor y, también, la posibilidad del peligro.

Estaba a punto de arriesgarse a cruzar la acera cuando vio la tienda de moda masculina. Se quitó el abrigo y avanzó hacia la puerta de acceso con el llamativo traje blanco, ideal para California pero absurdo en el otoño de Nueva York.

Veinte minutos más tarde salía nuevamente a la calle. Ahora vestía botas de cuero, un traje de pana marrón, un jersey de cuello volcado y llevaba una trinchera abrigada al hombro. Una bolsa de plástico con el distintivo de la tienda contenía el antiguo atavío. Una gorra a cuadros marrones y ocres cubría su cabeza y ocultaba parcialmente su rostro.

Estaba poniéndose la trinchera cuando sintió algo duro en el costado y una voz ahogada que le habló rápidamente junto al oído.

—Casi lo consigues, muchacho. Si no te hubiera visto pasar tan cerca jamás te hubiese reconocido. Estás muy elegante. Dirígete hacia la plaza seca y no intentes nada. ¿De acuerdo?

—¿Perteneces al Club?

—¿Acaso no pertenecemos todos al Club? Nosotros con nuestro trabajo y ellos con sus impuestos.

Doblaron la esquina edificada y comenzaron a cruzar la plaza seca. Era un espacio abierto, cuadrado y no muy grande, con bancos de mampostería, rígidos parterres vacíos y farolas de colores y luz mortecina. Un espacio hueco, pobremente aprovechado, entre dos monstruosos rascacielos.

Vallance dejó caer la bolsa, giró con presteza, apartó el brazo armado del otro con un golpe preciso y le hundió el puño izquierdo en la base del esternón. El segundo golpe fue un *upper-cut* brutal que le arrojó la cabeza hacia atrás como si fuese una pelota de boxeo. El tipo cerró los ojos y Vallance le aferró el cuello con los dedos y apretó las vértebras con fuerza antes de girar las manos y romperle las cervicales.

Le dejó caer detrás de uno de los bancos y le registró con presteza. Llevaba cien dólares en billetes de diez, una pistola Máuser con dos cargadores y un llavero con seis llaves. Se quedó con todo menos con el llavero y regresó a la calle, junto a la casa de modas, para iniciar la marcha en dirección al Central Park.

Vio el automóvil con la antena en el centro del techo y a un

sujeto vestido con una trenca azul inclinado sobre la ventanilla del conductor.

Vallance supo que la suelte no podría acompañarle siempre. Era un convencido de que la estadística funciona en todos los ámbitos de la vida... y de la muerte.

El automóvil se marchó y el tipo de la trenca hizo una señal a un individuo bajo y rechoncho que entró en el salón de la subasta.

Fue entonces cuando Vallance comprendió que se trataba de una encerrona con todos los recursos. No había un solo policía en las proximidades por lo que supuso que el Club había impartido las consignas necesarias para que el equipo cumpliera su función sin obstáculos.

El individuo de la trenca le vio en el momento en que Vallance se disponía a pasar entre dos coches aparcados para cruzar la avenida, pero no esperaba semejante reacción del perseguido.

Vallance sacó de la trenca la mano con la 45, se agachó entre los dos coches, apuntó con ambas manos y disparó dos veces. El tipo voló hacia atrás y quedó sentado contra la pared ante la mirada estupefacta de varios transeúntes. Los disparos no fueron tragados por el ruido de la calle, pero cuando Vallance se puso nuevamente de pie para cruzar la calzada, nadie le había visto disparar. Corrió entre los coches y, entonces, observó algo que le sugirió la idea salvadora.

Un coche tirado por un caballo avanzaba por la avenida, junto a los automóviles aparcados, en dirección al Central Park. El cochero iba enfundado en un grueso abrigo y una barba gris enmarañada cubría su rostro. Detrás, a medias oculto por la capota del coche, Vallance alcanzó a ver a un pasajero.

Corrió hacia el coche, saltó dentro y se introdujo bajo la manta a cuadros que protegía al pasajero del frío húmedo de la noche. La 45 se clavó en el costado del pasajero y Vallance, sin mirarlo, dijo al cochero:

—Todo en orden, compañero, soy amigo de la familia.

Cuando se volvió hacia el individuo que iba en el coche descubrió que era una mujer.

Llevaba un gorro de lana calado hasta mitad de la frente y una bufanda alrededor del cuello y que, prácticamente, le cubría la mandíbula.

—Siento la intromisión, pero es una cuestión de vida o muerte. En cuanto salgamos del área dejaré que disfrute de su paseo. No me obligue a emplear el arma.

—¿Lo haría? —preguntó la mujer con serenidad.

Vallance no le respondió. Observaba la calle y la acera en busca de alguno de los socios del Club.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Cierre la boca.

—¿Por qué? ¿Acaso no ha dicho que somos de la familia?

Ella miró y descubrió en su sonrisa un detalle que le resultó familiar. Apartó la bufanda y le quitó el gorro de lana y apareció el rostro maravilloso de la muchacha de la capa amarilla y las entradas para el espectáculo *revival*.

—Sí —dijo ella con naturalidad—, el mundo es un pañuelo. Sólo espero que no sea también un pañuelo sanguinolento.

Y señaló el cañón de la 45 que se hundía en su flanco.

Vallance apartó el arma y se cubrió con la manta. Hasta el cuello.

—¿Qué significa este paseo? ¿Pertenece también al Movimiento de Recuperación de los Tiempos Idos?

—No me imaginé que hubiera humor detrás de esa pistola —sonrió la muchacha—. No me gustó su amigo, el del Walgreen's Bienvenue. Tenía aspecto de malo de la película.

—Dile al cochero que se aleje de aquí, por favor.

—¿Dónde quieres ir?

—Quiero salir de esta zona. Los tipos que me persiguen también son como los malos de la película. Sólo que esta película está allí, a pocos metros.

Ella le transmitió al cochero el cambio de programa y luego encendió un par de cigarrillos. Alargó la mano y ofreció uno a Vallance.

—Gracias.

Durante veinte minutos, mientras el caballo trotaba entre los automóviles, no intercambiaron una sola palabra.

De pronto, el cochero detuvo al caballo.

—¿Qué ocurre? —preguntó la muchacha.

—Parecen del FBI —replicó el viejo barbado.

—Diles que estamos recién casados.

Se volvió hacia Vallance, le pasó los brazos alrededor del cuello

y le besó con ternura en los labios.

—Tendrás que confiar en mí, amigo —murmuró la muchacha y volvió a besarlo, con una pasión lenta y creciente.

Vallance escuchó la voz del cochero.

—Oiga, amigo, ¿qué diablos ocurre en esta ciudad? Son recién casados y tienen derecho a un paseo en coche. Pago mis impuestos y doy avena americana a mi caballo. ¿Qué otra cosa he de hacer para conservar a mis clientes?

Alguien se asomó y la muchacha apartó brevemente de Vallance el rostro congestionado para mirarlo con su sonrisa depredadora.

—Recordaré su rostro en mi vejez —dijo al tipo.

—Lo siento, señora.

Vallance giró apenas el rostro y guiñó un ojo al agente. Tenía la gorra caída sobre la frente y la manta subida hasta el cuello. El tipo se marchó y dio al cochero orden de que se alejara.

—¿Cómo te llamas, muchacha?

—Rhea.

—Te debo mucho.

—¿Cómo piensas pagarme?

—Es posible que mi mejor respuesta sea largarme.

—¿Tan peligroso eres?

No había burla ni temor en la pregunta. La voz de Rhea era serena y ligeramente inquisitiva.

Vallance se asomó y echó un vistazo a la calle. No parecía haber movimientos sospechosos.

—Voy a dejarte, muchacha. Créeme si te digo que tu ayuda ha sido providencial.

—Aún no me has dicho tu nombre.

—Será mejor que lo ignores todo acerca de mí.

—¿Tienes adonde ir?

—Puedo arreglarme, descuida.

—¡Claro que sí! —exclamó ella impostando la voz y haciendo un amplio gesto con su brazo—. El señor puede resolver fácilmente cualquier tipo de problema. Dime, ¿qué hubieses hecho si yo...?

—Te hubiese dejado fuera de combate —la interrumpió Vallance.

—¿Con un plomo del 45?

—No, no hubiese sido necesario.

—Ven a mi casa.

La propuesta sorprendió a Vallance. Llevaba demasiados años en aquel oficio y no estaba acostumbrado a ofrecimientos desinteresados. No era posible que la muchacha perteneciera al equipo del Club y que estuviesen preparándole algún tipo de celada. Había demasiados elementos improvisados que habían desembocado en aquel encuentro como para recelar de Rhea.

—¿Por qué?

—Te persiguen y quiero ayudarte.

—¿Por qué?

—Dime, ¿siempre haces las cosas a cambio de algo?

—Siempre. Como todo el mundo.

—De acuerdo. Puedes marcharte, pero te equivocas.

—Si crees que el mundo es una maravilla donde las gentes tocan el laúd y bailan al son de las hogueras, pequeña, entonces será mejor que continúes vendiendo entradas para espectáculos *revival*.

—¡Ah, sí, eso! Sólo lo hice para ayudar a un amigo. Soy periodista.

Vallance se permitió una seca carcajada.

—De modo que soy tu última noticia.

—Tal vez, pero no creo que resulte publicable. Esos tipos que te perseguían tenían aspecto de funcionarios del gobierno. Ya sabes... FBI, CIA o alguno de esos siniestros departamentos que se ocupan de hacer los trabajos sucios.

—Continúa.

—Hemos llegado.

El coche se había detenido y el caballo piafaba lanzando grandes nubes de vapor a un cielo cada vez más tormentoso.

Vallance descendió del vehículo y cogió a Rhea de la mano. Ella saltó a su lado y se volvió hacia el cochero.

—Gracias, papá.

—Nena, será mejor que controles tus impulsos —dijo el cochero y lanzó una mirada cómplice a Vallance antes de chasquear la lengua para indicar al caballero que podía continuar la marcha.

—¿Es realmente tu padre?

—Claro.

—De acuerdo. Acepto tu hospitalidad. Sólo por esta noche.

Ella le indicó una escalerilla que llevaba a una casa de dos

plantas, exactamente igual a todas las demás de aquella manzana y Vallance la siguió en silencio.

Hacía muchos años que vivía como un loco solitario, saciando su hambre de mujer en los sitios menos comprometedores, siempre con odaliscas diferentes, en un anonimato deliberado y cuidadoso. Sintió que algo cálido comenzaba a crecer en su interior y estuvo a punto de marcharse. Sin embargo, decidió que aquella oportunidad era realmente única. Un contacto en la ciudad, un sitio donde ocultarse, una mujer francamente deliciosa e inteligente y una noche que prometía ser helada y tormentosa.

—¿En qué piensas? —preguntó Rhea, haciéndose a un lado para permitirle el acceso al vestíbulo del edificio.

—En ti. ¿Qué edad tienes?

—Veintisiete.

—Creí que sólo tenías veinte o poco más.

—Ayudar al prójimo desinteresadamente es una actividad que me rejuvenece —ironizó ella, tendiendo la mano para encender la luz de las escaleras.

La oscuridad dentro del vestíbulo era total y tal vez por esa razón el grito de la mujer resonó todavía con un mayor espanto.

Una linterna encendió a Vallance y una voz apagada, sibilante y amenazadora rompió el silencio que sucedió al grito de la muchacha.

—La casa está vacía y nadie podrá oírlos, de modo que manteneos quietos y no os ocurrirá nada. ¿De acuerdo?

Rhea parpadeó cuando la luz se encendió y Vallance permaneció un par de segundos con los ojos entornados para recuperar plenamente la visión, un truco que había aprendido hacía mucho tiempo y que siempre daba resultado.

—¿Quién eres? —preguntó entonces.

Un tipo gigantesco, con un pasamontañas negro cubriéndole el rostro, sostenía a Rhea desde atrás con un brazo que le apretaba obscenamente los senos. El otro brazo estaba apoyado en el hombro de la muchacha y su mano sostenía una navaja que destellaba peligrosamente.

Junto al pie de la escalera había una mochila hinchada de objetos que el tipo acababa de robar de la casa.

Vallance se apoyó con displicencia contra la jamba de la puerta

de entrada y emitió una risilla desagradable.

—Te has equivocado conmigo, chico. Esa mujer que tienes allí no es más que una maldita zorra de altos vuelos. Por mí puedes cortarla en pedazos que no moveré un pelo. Creo que lo mejor será que te largues.

Rhea experimentó en su propio cuerpo el efecto de aquellas palabras. Y el ladrón también, porque durante un par de segundos no atinó a nada.

Vallance volvió a sonreír, consciente de que el tipejo había perdido la iniciativa de la situación.

—Lárgate o te vuelo los sesos —dijo ahora Vallance, fríamente.

—No eres más que un bocazas. Un bocazas bien vestido. Suelta la pasta. ¡Rápido!

Vallance metió la mano en el bolsillo y la sacó junto con la 45. Sin dar importancia al gesto del tipejo introdujo la otra mano debajo del cinturón y exhibió la Máuser. Una pistola del calibre 45 es de por sí un cañón temible, pero aquella Máuser de color azulado y cargador expuesto era demasiado.

—Te lo diré una vez más, patán, y será la última. Voy a volarte la cabeza aunque degüelles a la zorrita. Puedes apostar por ello.

A continuación estiró los brazos y centró las bocas siniestras de las armas apuntando al rostro enmascarado.

—Por favor... —suplicó el tipo y apartó a Rhea a un lado para levantar los brazos y dejar caer la navaja al suelo.

—Quiero ver tu rostro —dijo Vallance.

El tipo se quitó el pasamontañas. Era rubio, de rostro anguloso y ojos hundidos. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Tengo el *mono*...

Vallance sacó cincuenta dólares del bolsillo y se los alargó. El muchacho los cogió con un gesto de estúpida sorpresa.

—Pero...

—Si sabes lo que te conviene no vuelvas jamás por esta casa. ¿Lo has comprendido?

—¡Sí, señor!

Vallance se hizo a un lado y abrió la puerta. El muchacho pasó a su lado y echó a correr.

—¡Por todos los santos! —exclamó Rhea.

—Vamos, te ayudaré a devolver los objetos a su sitio.

—¿Qué hubieras hecho?

—Ya me lo has preguntado antes —replicó Vallance.

—¿Hubieses disparado?

—Desde luego.

—¿Y sí...?

—Le hubiese metido dos balazos en la frente antes de que consiguiera mover la navaja.

—Te sientes muy seguro de ti mismo, ¿verdad?

La confianza comenzaba a desaparecer de la muchacha y Vallance comprendió que estaba a punto de tener una crisis nerviosa.

—Canta —le dijo.

—¿Cómo?

—Siempre que te sientas al borde del colapso, échate a cantar.

Ella le miró como si estuviese en presencia de un venusino desnudo y con cascabeles en los párpados. Y entonces, casi sin transición, lanzó una carcajada, se paró en puntas de pie y le besó con fuerza en los labios.

—Me alegro de haberte conocido, desconocido —dijo, y comenzó a subir la escalera.

CAPÍTULO III

—Mis padres vivían en la planta baja y yo aquí, gozando de una saludable intimidad.

Vallance observaba a la muchacha mientras subía las escaleras y se sintió sorprendido por la rápida fascinación que había ejercido sobre él.

—¿Dónde viven ahora tus padres?

—Mamá murió hace dos años y tras algunos meses de melancolía mi padre se mudó al sitio donde tiene la caballeriza. Allí están sus amigos cocheros. Hablan de caballos, juegan al póquer y discuten de política.

—De modo que toda la casa es para ti.

—Para los dos, si necesitas un refugio —replicó ella con serenidad.

—Estoy metido en un lío muy serio, Rhea. Tal vez no alcances a comprender su verdadera dimensión. Y ellos no se andan con medias tintas.

—¿Quiénes son *ellos*?

Vallance no respondió.

Rhea sonrió quedamente y abrió la puerta de acceso al piso de la primera y última planta.

—Siéntete como en tu propia casa —dijo, apartándose y haciendo una graciosa genuflexión.

—Gracias.

Entró en la habitación en penumbras y algo saltó a su cuello. Retrocedió profiriendo una maldición y palpó una masa blanda y peluda que se había prendido a su hombro. Una carcajada de Rhea y la súbita iluminación de la lámpara central del salón impidieron que matara al gato.

—Olvidé hablarte de «Cat». Es un gato con un gran sentido del humor.

—Pues su humor ha estado a punto de convertirlo en un gato muerto —dijo Vallance, sujetando al animal delante de sus ojos.

Era muy grande, con una gigantesca cabeza orgullosa y una pelambrera negra. Se miraron durante un momento, sin parpadear, hasta que el gato lanzó un corto maullido, entonces Vallance lo dejó caer y «Cat» se frotó lentamente contra los tobillos de la muchacha.

—«Cat» es muy independiente —explicó Rhea haciendo una rápida caricia al testuz ronroneante.

—Todavía puedes tener un rasgo de racionalidad y pedirme que me largue.

—Prepara un par de copas que yo calentaré los restos de un estupendo pastel de carne —rió ella, sin prestar atención a la expresión dura de Vallance.

Bebieron las copas y luego, hablando de naderías, comieron con buen apetito.

—Tienes un buen sitio aquí —comentó Vallance.

—¿No me dirás tu nombre?

—Vallance, Jack Vallance.

—Bond, James Bond —bromeó ella.

—¿Cuál es mi dormitorio?

Rhea sonrió y señaló una de las cuatro puertas del salón-comedor.

—Tienes baño privado.

—Sólo será hasta mañana. Luego me marcharé.

—¿Por qué te persiguen?

—No lo sé.

La expresión de ella fue tan clara como una frase en voz alta.

—Es la verdad —añadió Jack—, no lo sé a ciencia cierta. Pero voy a averiguarlo.

—¿Cómo? ¿Contra toda la policía de Nueva York?

—No.

Vallance se puso de pie y recorrió el salón hasta una de las ventanas. Atisbo la calle oscura y desierta sobre la que una fina llovizna diseñaba un largo espejo titilante.

Miró luego, a su alrededor y lo que vio le dijo a las claras que algo estaba modificándose en él. Los sillones floridos, las paredes de tonos pálidos, las librerías, las plantas, los cuadros... todo hablaba de una vida estable, de un ambiente decorado según un gusto que

se había ido formando a lo largo de una vida profesional. Sintió un desesperado desapego por aquella atmósfera cálida y atrapadora y, a la vez, una explosiva desazón.

Rhea le entregó un cigarrillo encendido.

—Tengo que acabar con esto —dijo Vallance.

—Me gustaría ayudarte.

—Ya lo estás haciendo.

—Tal vez...

—¡No! No quiero que te metas en el tinglado. No sabrías cómo actuar en él. Esto es... terreno de profesionales. ¿Me entiendes?

—Desde luego, he visto algunas películas de espionaje. Todos chicos muy malos e impunes.

—Las películas, tal como ya te he dicho antes, en el coche, son sólo un pálido reflejo de lo que verdaderamente ocurre.

—¿Tú crees? He sido periodista durante los últimos ocho años. He visto cosas feas y he sabido de otras aún más horribles. De algún modo conozco lo que ocurre entre bambalinas. Una pequeña porción de ese conocimiento es suficiente para ponerle los pelos de punta al más valiente. Créeme, Jack, cuando te digo que deseo ayudarte estoy hablando seriamente.

—No es posible.

—De acuerdo. Traeré el café.

Vallance cogió la trinchera y sacó las armas. Las puso encima de la mesa y las desarmó cuidadosamente. Cuando la muchacha regresó con las tazas humeantes estaba comprobando una vez más su carga y el correcto funcionamiento del mecanismo.

El café amargo acompañó el silencio reflexivo de los dos contendientes. Eran personajes que lidiaban sin un propósito fijo.

—Voy a retirarme. Gracias por todo.

—En la cómoda del dormitorio hallarás pijamas y ropa interior —dijo Rhea.

—¿Hay un marido?

—Hubo un par de relaciones importantes. Sólo me quedó de ellas una docena de recuerdos estimulantes, algunos pijamas y poco más. ¿Alguna otra pregunta?

—Lo siento, no pretendía mostrarme curioso. Sólo que si había un marido no me hubiese gustado crearte todavía más problemas.

—Entendido.

Vallance la miró mientras desaparecía en la cocina con las tazas vacías. El gato, «Cat», fue tras ella con la cola erecta como el tallo de una planta carnívora.

Se desvistió, se duchó y halló unos pijamas que le quedaban bien. Puso la 45 debajo de la almohada y se acostó. La lluvia golpeaba suavemente contra los cristales de la ventana y una luz tenue, amarillenta, se colaba dentro del dormitorio como una presencia viva y espectral.

Tenía muchas preguntas rondándole la cabeza y sabía perfectamente que el mejor modo de abordar un problema es eludiendo la confusión, buscando el extremo del ovillo y tirando de él con lentitud.

¿Por qué Petiboard había dado órdenes de matarlo? Había hecho un buen trabajo con Burdley, un trabajo limpio a pesar de aquella absurda intervención del travestido. ¿Por qué el Club había decidido eliminarle de la lista? ¿O Petiboard tenía la suficiente autonomía como para decidir por su cuenta y riesgo el *borrado* de un agente? En este punto un breve fogonazo cruzó su cerebro y llevó una luz indirecta sobre una idea que se escabulló inmediatamente. Vallance luchó por regresar a la asociación mental que le había aproximado a aquella idea, pero no lo consiguió. Había visto someramente una punta del ovillo que estaba buscando.

La lluvia arreciaba ahora contra el cristal y la luz exterior remitía hasta convertirse en una sombra más clara que las demás. Vallance comprendió que no podría dormir. No se trataba exclusivamente del peligro en que se hallaba. No era la primera vez. Se trataba de todo el conjunto de situaciones imprevisibles que le habían cogido en medio durante las últimas y vertiginosas horas. Primero, el encuentro y la eliminación de los dos agentes del Club; la aparición de Rhea en aquel escenario y el comportamiento inusual de la muchacha... todo contribuía a apartarle del sendero sinuoso, pero premeditado, de su vida y llevarle a un paisaje poco propicio para las decisiones rápidas e impersonales.

La muchacha le había impresionado.

Pensaba en ella cuando sus músculos se pusieron rígidos debajo de las sábanas. Un movimiento veloz le hizo coger la 45 y permanecer atento al ruido que había llamado su atención. La puerta del dormitorio se abrió suavemente y una figura entró en la

habitación. Vallance pudo observar detenidamente el contorno de la figura. Era Rhea y estaba desnuda.

—¿Duermes? —preguntó.

—No.

—Tengo frío.

—¿Qué te ocurre?

Vallance luchaba contra el deseo de ir en su busca. No era una lucha sencilla y, por lo demás, era un combate desigual porque no sabía muy bien qué diablos estaba protegiendo en Rhea comportándose como un alienígena helado.

—Tampoco podía dormir.

—Ven, acércate.

Se detuvo junto a la cama y entonces pudo verla mejor, en aquella claridad mortecina que se colaba por la ventana. Tenía los senos erguidos y duros, con los pezones inflamados, y todo el cuerpo parecía estremecido por algo que no provenía del exterior.

Vallance le cogió la mano y tiró suavemente de ella, haciéndole un lugar a su lado.

Ella se abrazó con fuerza y hundió el rostro frío en el cuello del hombre.

La mano dura y callosa de Vallance le acarició la espalda y se atrevió más abajo, donde nacían las nalgas rotundas y tibias.

La acarició largamente, profundizando cada uno de los diseños de sus manos y sus dedos, sintiéndola temblar y respirar agitadamente, comprendiendo en la respuesta hambrienta de la muchacha su larga y desesperada soledad.

—Rhea... —murmuró y ella besó su boca abierta con ferocidad, incapaz de contenerse, sin desear controlar un impulso depredador que nacía en el fondo de su carne.

Vallance la cubrió con su cuerpo y entró en el laberinto abierto de la muchacha como un viajero exhausto que halla, por fin, el camino del hogar.

Fue una larga noche llena de emociones encontradas, hasta que, cuando volvía a amanecer, se durmieron profundamente, arrastrados por una idéntica fatiga.

Fue «Cat» quien los despertó. Rasguñaba la puerta del dormitorio y maullaba con sigilo, como temiendo una reprimenda. Rhea saltó de la cama y le abrió la puerta. Una claridad gris y

helada entraba en la habitación y recogía el cuerpo maravilloso de la mujer para llevarlo hasta Vallance.

—Eres la mujer más hermosa que he conocido.

—Mientes, pero es halagador.

—¿Qué quiere el gato?

—Salir en busca de aventuras —dijo Rhea, y abrió un instante la ventana para dejarle saltar fuera.

Cuando se volvió para mirar a Vallance descubrió una expresión tensa en su rostro.

—Creo que tengo la respuesta —dijo Jack, enigmáticamente.

CAPÍTULO IV

El frío proporcionaba el pretexto ideal para utilizar el mejor de los disfraces: el de hombre abrigado. Vallance apretó el paso. Iba en dirección a la boca del metro con las manos dentro de los bolsillos de la trinchera, las solapas levantadas y la capucha doblada protegiéndole el cuello. La gorra, inclinada sobre los ojos protegidos por las gafas ahumadas, echaba una sombra natural en el rostro hundido en el pecho. Su cuerpo alto y fornido parecía demasiado ágil para un individuo tan friolento.

Sólo tenía una idea y pensaba verificarla hasta sus últimas consecuencias. En cuanto la descubrió en los huecos de su cerebro, constató todos los detalles aplicando una rigurosa objetividad hasta que, finalmente, decidió que era una idea válida.

Sabía que Burdley era un exagente del Club que desde hacía unos años trabajaba privadamente en Europa, ocupado fundamentalmente en tareas de espionaje industrial. Petiboard le había proporcionado los detalles necesarios para ubicar al individuo en Florida, pero Vallance tuvo que recorrer el sur de los Estados Unidos antes de dar con él en el sucio cuartucho de México. Durante la persecución descubrió algunas de las debilidades de Burdley. Era sádico. Había caotizado a un par de prostitutas en Tampa hasta convertirles el rostro en algo difícil de creer; luego, en un motel de Virginia, había pegado a un negro con la sabía precisión del verdugo inescrupuloso y, al llegar ya a México, sus hábitos variaron lo imprescindible como para no tener demasiados peligros con la policía.

Vallance había aguardado pacientemente a que Burdley dejara de vagabundear de un hotelucho a otro, de una pensión a otra, y se decidiera por ocupar un cuarto durante una temporada. Cuando estuvo convencido de que Burdley no pensaba que le seguían y, por tanto, fijó su triste residencia en el cuarto maloliente, se decidió a

actuar porque estaba persuadido de que había ocultado el material que él buscaba en algún sitio de ese hábitat deleznable. Solamente cuando se tiene un sitio fijo se busca un escondite en él. Vallance conocía el modo de pensar de Burdley porque, de algún modo, pertenecían a la misma promoción.

No le había costado nada apretar el gatillo y acabar con él. Le hubiera matado incluso si no le recibía con aquellos disparos. Burdley era una alimaña y él tenía un trabajo que hacer.

Petiboard había denominado aquella operación Babyface y le había contratado a él, un profesional independiente que colaboraba con el Club desde hacía años. La pregunta que se había hecho era: ¿por qué un independiente para una operación oficial del Club? La respuesta podía ser una entre mil, todas ellas convincentes. Y la idea diferente, la que había estimulado su imaginación y abierto sus ojos era que Petiboard podía estar actuando por su cuenta. En este caso había dos opciones: o lo hacía por cuenta de uno de los patrones del Club, en absoluto secreto, o lo hacía por un imperativo estrictamente personal, es decir: por dinero.

Compró varios periódicos al salir del metro y no le sorprendió la versión que daban los titulares de los dos muertos del día anterior. Se trataba solamente de dos individuos sin ocupación conocida que habían tenido una pelea por motivos poco claros. El hecho de que uno muriese de un par de disparos y el otro con el cuello roto a cincuenta metros de distancia no aparecía en el relato de los hechos.

Petiboard era un individuo astuto. Podía realizar la operación Babyface por su cuenta, empleándole a él, un agente libre y bajo contrato del Club, y luego, cuando ya no le necesitaba, inventar un pretexto para enviar a los sabuesos del Club a que le *borraran* del mapa.

En cualquier caso, no debían ser demasiados los agentes que iban tras él. Petiboard tenía autonomía solamente sobre un departamento y no podía contar con un ejército clandestino.

Encendió un cigarrillo y supo que el invierno se anticipaba a pasos agigantados, pertrechado tras los nubarrones oscuros y el viento sibilante del Atlántico.

Llamó un taxi y se hizo conducir hasta el Battery Park, paseó media hora y luego cogió otro taxi hasta las inmediaciones del

edificio de las Naciones Unidas.

El restaurante era lujoso y exhibía esa apariencia de cuidadoso desenfado que convierte la sofisticación en naturalidad de la mano de un decorador de categoría. Era demasiado temprano para almorzar, de modo que sólo había gente en la barra y en las mesas dispuestas para el aperitivo.

Vallance se quitó la trinchera y se encaminó a una de las mesas, junto al ventanal que se abría sobre el East River. Desde aquel observatorio, en la planta número veintidós del edificio, podía beber un jugo de tomate con vodka y contemplar el paisaje cerrado de la tormenta que llegaba del océano. Y, además, esperar que su suerte le sonriera y Duncan Verstein apareciera por allí cómo solía hacerlo cada día.

Verstein le debía varios favores, algunos de ellos muy importantes, y Vallance iba a pedirle una información que no debía resultarle difícil de obtener.

Hacía más de ocho meses que faltaba de Nueva York y era posible que Verstein hubiese cambiado sus hábitos, hubiese muerto de un ataque de caspa o estuviese disfrutando de sus vacaciones de otoño en las Islas Vírgenes. Todo era posible.

Pero tuvo suelte. Vio entrar a Duncan cuando el reloj del restaurante indicaba las doce y media y la barra se hallaba atestada de señores bien vestidos y de aspecto pudiente, aferrados a sus copas como a la hipodérmica de la felicidad. Eran funcionarios de trajes de cuatrocientos dólares y corbatas de seda. Todos ellos trabajaban en las Naciones Unidas o en organismos emparentados con el gobierno.

Duncan saludó a varios de aquellos hombres, besó en las dos mejillas a una cuarentona de buen ver y cabellos teñidos de plateado y luego pidió su copa. Vallance aguardó pacientemente a que Duncan paseara la vista por el local y cuando sus ojos se posaron, incrédulos, sobre él, alzó su copa y le hizo un gesto de invitación.

Verstein era un tipo delgado, alto y nervioso. Vestía con sobriedad pero no era elegante. Su tarea consistía en operar un terminal de computador y lo hacía de un modo genial. Era un contacto del Club de tercera o cuarta fila y Vallance lo sabía porque había conseguido sacarle de un aprieto serio hacía cinco o tal vez

seis años.

—Hola, Duncan.

—¿Cómo estás, Jack?

—Mal. Necesito un favor.

Duncan se removió en su asiento y miró hacia el cielo por encima de la cabeza de Vallance y a través del ventanal.

—¿Qué ocurre?

—Quiero un contacto con el Club.

La copa que Duncan analizaba a contraluz voló hacia sus labios y tragó su contenido con avidez.

—Regreso en un minuto, Jack.

Fue hasta la barra y pidió otro *whisky*. Armado con él volvió a sentarse a la mesa.

—¿Qué clase de contacto?

—Estoy buscando a un individuo.

—¿Nombre?

—Raymond Petiboard.

Duncan meneó la cabeza. Vallance sabía que aquel nombre era un alias, como el suyo propio, pero no podía arriesgarse a que Duncan le conociera igualmente.

—Descríbemelo.

—Mediana estatura, torso poderoso, cabellos peinados con laca, perfectamente rasurado, seguro de sí mismo, ojos escrutadores y huele a loción.

—Sí... aguarda un instante...

Jugó con el borde de la copa contra sus labios, dejó que sus dientes apresaran distraídamente la lengua y se frotó el labio inferior contra el labio superior antes de fijar nuevamente la vista en Vallance.

—Esa descripción se parece mucho a alguien que trabaja en el Club. Alguien que está muy alto.

—¿Dónde?

—No sé dónde trabaja. Le he visto por casualidad en una recepción.

—¿Qué clase de recepción?

—Un ágape para diplomáticos en la embajada de Suiza. Hace unos dos meses.

—¿Qué hacías tú allí?

—Aburrirme y beber. Mi jefe no pudo ir, hemorroides, de modo que me envió a poner la fachada.

—¿Te presentaron a Petiboard?

—Sí, sólo que no era ése su nombre.

—¿Puedes recordar su verdadero nombre?

—Sí, perfectamente. Lo recuerdo porque su apellido era Shelley, como...

—Lo sé —dijo Vallance.

Duncan Verstein era, fundamentalmente, un poeta. Uno de esos individuos que hacen de la esquizofrenia un estilo saludable de vida. Por la mañana y parte de la tarde estaba atrapado por la magia de un ordenador y luego, al caer la noche, se encerraba en su atestado piso y escribía con una pluma en un cuaderno amarillento. De vez en vez alguna revista literaria publicaba alguno de aquellos poemas y Duncan se sentía feliz. Le importaba un pimiento lo que tenía que hacer para ganarse la vida si ello le permitía contar con sus cuatro o cinco horas de creación poética.

Recordaba el nombre porque Vallance sabía que Shelley era uno de sus poetas favoritos.

—No se llamaría Percy, ¿verdad? —preguntó Vallance.

—No, pero también recuerdo su nombre porque estuve tentado de preguntarle lo mismo. Se llamaba Purdy, una especie de Percy pero con faltas de ortografía.

—¿Dónde puedo hallarle?

—Eso, amigo mío, no está en mis archivos.

Fue la palabra *archivo* la que le proporcionó la segunda idea.

—Tengo que llegar hasta el ordenador del Club.

—Estás loco.

—No, no lo estoy. Se trata de mi vida.

—Es imposible llegar a birlar información al ordenador del Club.

—No quiero birlar información. Quiero saber si tienen registrada una operación libre bajo el nombre de Babyface.

Un brillo astuto cruzó como un aguilucho por las pupilas burlonas de Duncan.

—¿Puedes conseguirlo? —insistió Vallance.

—No directamente.

—Explícate.

—Verás, no voy a darte una lección de informática, pero puedo

establecer un contacto breve y clandestino con el banco de datos del ordenador del Club. Conozco algunos datos porque he tenido que colaborar con ellos en algunas ocasiones. Simples tonterías, pero... en fin, que puedo intentarlo.

—¿Qué necesitas para ello?

—Tiempo.

—¿Cuánto?

—Digamos... mañana a esta misma hora.

—Estupendo.

—No puedo proporcionarte detalles de esa operación... Babyface porque no tendré acceso a ella, sólo podré comprobar si tal operación existe.

—Será suficiente. ¿Qué grado de fiabilidad?

—El mayor... o ninguno. No quiero saber por qué necesitas esta información, pero puede existir una operación Babyface que no tenga que ver con la que tú estás buscando. Si Shelley te ha metido en un lío tal vez haya mentido siempre. ¿Entiendes?

—Sí, comprendo —admitió Vallance.

—Necesitaré trabajar toda la noche.

—¿Otra copa?

—No, amigo Jack, mi cabeza ha de estar fresca. ¿Sabes? Se trata de un trabajo minucioso y prolongado.

—Confío en ti, Duncan.

Vallance le estrechó la mano, se puso de pie y con la trinchera al hombro salió del bar. Esperó pacientemente el ascensor y descendió satisfecho hasta el vestíbulo de la planta baja. Se puso la trinchera, la gorra y las gafas antes de salir a la calle y sujetó la 45 dentro del bolsillo.

Si le veían no se preocuparían en absoluto por la luz del día, la presencia de público o la inclemencia del tiempo, le liquidarían de inmediato.

Petiboard no podía permitirse más fallos, sobre todo si la operación Babyface era un proyecto personal, al margen del Club.

Caminando con rapidez, Vallance recorrió hacia el norte la Primera Avenida hasta llegar al Queensboro Bridge. No se preocupó por eludir a un eventual perseguidor utilizando las múltiples estrategias que conocía. Su idea consistía en verificar en terreno llano y recto la existencia de un automóvil —o varios—, empeñado

en vigilar sus movimientos.

Nada llamó su atención hasta llegar al puente y allí cogió un taxi que le llevó al corazón de Queens. Se apeó en las proximidades del Queens Boulevard y entonces sí, apuró el paso y se dirigió hacia el este por calles y pasajes, entrando en grandes almacenes y recorriendo vigilante sus instalaciones para salir nuevamente por las puertas laterales, aguardando en alguna portería algunos minutos, fumando un pitillo en el lavabo de un bar de pobre aspecto, hasta que finalmente, cuando el sol anunciaba una rápida decadencia, enfiló sus pasos directamente hacia el Forest Park.

Sentía los músculos doloridos por el ejercicio, pero estaba persuadido de que nadie se hallaba pisándole los talones.

Entró sin dudarle a un edificio de aspecto señorial, con una fachada que pretendía exhibir a un público indiferente los rasgos modernistas de un arquitecto nostálgico.

El conserje leía una revista de cine con los quevedos colgados del extremo de la nariz.

—¡Salud, señor Merriweather! —dijo Vallance.

—¡Chance! Ya te extrañaba, muchacho —exclamó el viejo con auténtica alegría.

—He tenido más problemas de los esperados, Luke.

Los dos hombres se abrazaron con afecto y el viejo sacó una llave enorme de su chaleco.

—Aquí tienes, hijo. Encontrarás el cuarto perfectamente aseado. Como de costumbre.

—Gracias, Luke.

El cuarto era una habitación de quince metros cuadrados en el ático del edificio, junto a la vivienda del conserje. Pertenecía a Luke Merriweather pero la alquilaba desde hacía quince años a Jack Vallance según un acuerdo basado en el agradecimiento. Vallance había conseguido que el viejo polaco, cuyo nombre había sido oportunamente cambiado, obtuviera la ciudadanía norteamericana y aquel empleo sedentario. Nadie conocía el vínculo entre los dos hombres y Luke jamás había preguntado a Jack el porqué de aquel misterio. Su pasado había sido lo suficientemente trágico como para comprender las dificultades de un mundo que parecía a punto de hacerse pedazos día tras días.

Luke abrió la puerta con la llave que le entregara el anciano y

entró en una habitación de aspecto monacal. Una cama dura de madera, una butaca cómoda, una librería con novelas de aventuras y libros de viajes, y un gigantesco ropero donde Vallance guardaba algunas ropas.

Abrió el ropero. Había allí, al menos, treinta trajes de todos los tipos y para todas las ocasiones. Eligió media docena con sus respectivos zapatos, camisas y corbatas haciendo juego y metió todo en una maleta.

Llevó la maleta hasta la portería y se acodó en el mostrador que protegía el estrecho feudo del anciano.

—Luke, envíame esta maleta a las señas que voy a darte. Hazlo a Pavés de una empresa importante.

—De acuerdo.

—Y deposita este dinero en nuestra caja de seguridad. Son cuarenta mil dólares. ¿Necesitas dinero?

—No.

—Puedes utilizar lo que desees, Luke.

—Lo sé. ¿Tienes idea cuánto hay en la caja?

—Más o menos.

—Pues yo te lo diré, hijo. Trescientos ochenta mil dólares, sin contar estos cuarenta mil.

—Estupendo. Tendremos un buen retiro, Luke.

—Cuídate, hijo.

—Envíame la maleta esta misma noche. ¿De acuerdo?

—Puedes confiar en mí.

Cuando salió a la calle el frío parecía un gladiador empecinado en congelarle el rostro y una lluvia finísima pendía del cielo ennegrecido por la tormenta.

CAPÍTULO V

Cometió el error poco después de las ocho de la noche, y fue un error minúsculo, tan minúsculo como estúpido. Antes de cruzar nuevamente el puente de Queensboro se ocupó de dar una y cien vueltas en previsión de un posible seguimiento. Se mezcló entre la gente y varió la dirección de sus pasos intempestivamente. Cogió un autobús y luego otro más hasta que, finalmente, cruzó el puente en un taxi. Caminó durante una hora en dirección al Village y ése fue el error. Un sitio como el Village es ideal para pasar desapercibido porque existen huestes de ejemplares de todas las faunas paseándose por sus calles y, obviamente, Petiboard también lo sabía.

Vio a los tres tipos cuando giraba en una esquina en busca de una sala de cine donde había decidido pasar la siguiente hora y media. Eran tres tipos fuertes, ataviados con prendas deportivas y escudados en expresiones de un falso humor ligero, como bustos de granito que se echaran a reír en medio de una plaza silente.

Vallance torció su rumbo, cruzó la calzada y apretó el paso en dirección al sitio donde recordaba haber visto, algunos meses atrás, un *pub* atestado de jóvenes que, incluso, bebían sus cervezas en la acera cobijados por un *rock* duro como el rostro de un político conservador. Pero el *pub* había desaparecido y en su lugar había una tienda de venta de figuras de cera que se hallaba cerrada. La calle había sido bloqueada por una valla de madera en la que un letrero pedía disculpas a los peatones por las molestias causadas por la compañía de reparaciones telefónicas.

Vallance se enfrentó a la calle desierta, lluviosa y helada. Giró sobre sus pasos y corrió nuevamente hacia la esquina mientras sacaba la pistola 45 del bolsillo de la trinchera.

Sólo sintió el agujijón hirviente que se ensañaba con su hombro y la pistola cayó de su mano. El disparo había provenido de un

revólver con silenciador y el tipo que le apuntaba estaba a un par de metros delante de él.

—Está bien —dijo Vallance en voz muy baja y saltó hacia el tipo.

El puntapié lo cogió desprevenido y el tacón de la bota se hundió en su garganta como una guadaña.

Vallance cayó flexionando las piernas y se deslizó a un costado. El segundo agente apareció a la carrera, chocó contra sus piernas estiradas y se precipitó de bruces. Jack se acuclilló para asestarle un *shuto* en la nuca con el canto de la mano.

—Ya está bien, ahora cálmate —dijo una voz serena a su espalda.

Pero Vallance conocía el paño y sabía que llegaba al final del camino trazado por Petiboard. De modo que no pensaba dar una sola oportunidad a su último enemigo. Se puso en pie, levantó los brazos y giró el cuerpo con un gesto normal, como si se propusiera mirar de frente al tercer hombre.

Sólo que hizo también algo más. Recogió la pierna derecha hasta rozar la rodilla izquierda y lanzó una patada lateral de karate que dio de lleno en el arma; recogió la pierna velozmente y el segundo puntapié fustigó como un latigazo el plexo solar del tipo que, antes de darse cuenta de lo que había ocurrido, recibió una trompada feroz en la base de la nariz.

Vallance no necesitaba inspeccionar a los caídos para saber que estaban inconscientes. Conocía perfectamente su capacidad de pelea y había demasiada experiencia acumulada en cientos de combates de todo tipo.

Se limitó a recoger la 45 y largarse de la calle desierta. A unos pocos metros, el jolgorio del Village crecía con indiferencia desde los parterres aéreos de neón.

Arrebujado en la trinchera y sujetándose el hombro herido, Vallance se metió en un cine. A ningún esbirro de Petiboard se le ocurriría suponer que continuaría en el barrio tras aquel asalto fallido.

La película era suficientemente mala como para hacer aullar al público y Jack salió de la sala entre los silbidos y las carcajadas que la gente dedicaba a la prostituta negra y desnuda de ciento cincuenta kilos que bailaba el maracatú sobre un piano blanco con

un fondo ficticio de playa tropical y lentejuelas.

En la calle se enfrentó a una lluvia torrencial y a las ráfagas heladas del viento. Un viento que, probablemente, cruzaba impávido entre los brazos resignados de la Estatua de la Libertad.

Cogió un autobús, luego el metro y finalmente un, taxi. Se bajó del vehículo a doce manzanas de la casa de Rhea y cubrió aquella distancia a pie, zigzagueando como un borracho de deliberada precisión.

Cuando entró en la casa, cerró la puerta de entrada y subió con rapidez la escalera. Golpeó la puerta y entró. «Cat» saltó sobre él y estuvo a punto de hacerle aullar de dolor. Había clavado sus pequeñas garras en la herida del hombro.

—Gato, lárgate —dijo Vallance.

Rhea alzó la vista de la máquina de escribir, se quitó las gafas y le miró con preocupación.

—¿Qué ha ocurrido?

—Trae un poco de agua caliente y alcohol. Tengo que vendarme una pequeña herida.

—¿Qué dices?

La muchacha se acercó presurosa y le ayudó a quitarse la trinchera. Tenía un trazo de sangre en cada una de las prendas que le fue quitando y el hombro parecía inflamado.

—Apenas si ha desgarrado la piel —dijo Rhea.

—Eso parece. No lo comprendo.

—¿No lo comprendes?

—No, ese tipo pudo haberme liquidado con toda tranquilidad y, sin embargo, se limitó a hacer puntería contra mi hombro. Luego, hubo otro más que me encañonó por la espalda, y tampoco disparó. Es absurdo.

—¿Por qué absurdo?

—Porque no entiendo para qué me necesitan vivo.

—Deliras, hombre —dijo Rhea con irritación—, tal vez sólo haya fallado el disparo.

—No.

—Quédate quieto, voy a limpiarte y vendarte la herida.

«Cat» observaba la escena desde una repisa cargada de pequeños animales de cristal.

—Ese gato es una fiera.

—Es un buen gato —sonrió Rhea y el comentario trivial les apartó momentáneamente del caleidoscopio oscuro que llevaban en el cerebro.

Rhea llevaba un vestido de lana color ocre pegado al cuerpo sinuoso como un guante. El escote redondo permitía adivinar la maravilla de los pechos y la sugestiva desnudez de la mujer. No había marcas de elásticos, de sujetador ni de bragas. Llevaba los pies calzados en unas bambas tejidas y el cabello rizado brillante tras un reciente lavado.

Toda ella olía a perfume de jazmín y Vallance dejó atrás a Petiboard y sus verdugos para cogerla entre sus brazos, sentarla sobre las rodillas y besarla largamente en los labios y el cuello. Su mano derecha recorrió los muslos desnudos y ella gimió de placer.

—Trátame como si fuera tu primera amante —dijo Rhea con un susurro aguardentoso.

—Ven, vamos al dormitorio. Jamás hubiese podido comportarme como un caballero sexual con mi primera amante ante la mirada fija y amarilla de un maldito gato.

Cerraron la puerta del dormitorio y el maullido de «Cat» perdió su intensidad.

Con el cuerpo tibio y desnudo de Rhea pegado al suyo, Vallance se dejó llevar por una paz que no recordaba haber vivido antes. Era el paisaje del amor o, por lo menos, el paisaje más parecido al amor que él podía reconocer en la piel replicante de una mujer.

La besó en la boca trémula y ella sonrió.

—¿No quieres hablarme de tu problema?

—No —dijo Vallance.

—¿Qué temes?

—Es muy complicado.

—¿Eres un agente secreto?

La pregunta le sonó ridícula, como si la escuchara en una sala cinematográfica y viese el rostro barbilampiño y poco convincente de Roger Moore en plan 007, interrogado por una mulata curiosa y de grandes pechos que se restregaba contra su flanco.

—He trabajado para uno u otro organismo —dijo Vallance sin convicción.

—Comprendo.

Ahora el tono de voz de la muchacha era frío y distante.

—Será mejor que me vaya, Rhea.

—Ha llegado una maleta. Supongo que es para ti.

—Sí.

—¿No tienes nada que decirme?

—No.

—¿Por qué callas? ¿Por qué no gritas y dejas de contenerte? Tengo la sensación de que vives en un mundo de pesadilla. Peor que el mío. Un mundo en el que hueles la carroña desde muy cerca.

—Y si fuera así... ¿crees que podría remediar algo una confesión lastimera sobre tu hombro?

—Es posible —dijo Rhea y le acarició el rostro oscurecido por una barba de dos días.

—Tal vez cuando todo esto acabe, Rhea. No me presiones. Por favor, no me presiones.

—Me iré de Nueva York por la mañana.

Vallance reprimió las ganas de preguntarle por qué se iba, sólo sintió un tubo helado que se instalaba en el sitio donde hasta ese momento tenía el esternón.

—No quiero comprometerte —dijo quedamente.

—Tengo que hacer un reportaje en Washington. Regresaré por la noche o, todo lo más, a la mañana del día siguiente.

—Es tu profesión y tu vida. No me des explicaciones.

—Quiero dártelas. Me gustaría encontrarte aquí cuando regrese y volver a hacer el amor contigo. Hasta es posible que consiga convertirme en un ser humano y sonrías sin reparos.

—Estoy vivo por no ser como los demás seres humanos, muñeca.

Rhea desapareció en el cuarto de baño y regresó al cabo de algunos minutos con un aspecto rozagante.

—De acuerdo —dijo—, olvidaré las preguntas y las mociones de anhelo. Bebamos una copa y pasemos juntos la última noche. Cuando esto acabe entonces, tal vez, te sientas propenso a proyectar para el futuro.

—Eres una mujer de ideas fijas.

—¡Oh, no! Sólo soy una mujer enamorada.

Rhea se quitó el salto de cama y se inclinó, desnuda, para besarle.

—¿Qué hay de esa copa, princesa?

—Eres un descarado.

—Pero me has atrapado.

Jack Vallance la observó salir del dormitorio, oyó el maullido de bienvenida de «Cat» y se sintió extraño en aquel papel de hombre satisfecho, sujeto a palabras que jamás había pronunciado y a sentimientos que le conmovían provocativamente.

Decidió gozar de aquella noche con Rhea. Al día siguiente comenzaría una etapa decisiva. Hablaría con Duncan y luego procuraría hallar una explicación a aquella benevolencia demostrada por los esbirros de Petiboard.

CAPÍTULO VI

Duncan apareció en el bar de la planta número veinte con su aspecto desgarrado, el rostro macilento y los ojos enrojecidos de sueño. Pidió un *whisky* en la barra, estrechó algunas manos y saludó privilegiadamente a la cuarentona de buen ver antes de dirigirse a la mesa que ocupaba Vallance.

Se sentó y miró la lluvia.

—Pareces un cadáver —dijo Vallance.

—Déjate de piropos e invítame a bailar, Jackie, hijito.

Vallance encendió un cigarrillo y expulsó el humo acre en dirección a la barra del bar. La dama cuarentona pareció difuminarse tras la efímera voluta para resurgir sonriente y curiosa.

—Babyface no existe para el Club —dijo Duncan, bebiendo un largo trago de *whisky*.

—¿Estás seguro?

—Todo lo seguro que puedo estar sin ser el experto informático de primer nivel del Club.

—Está bien.

—¿Quieres un buen consejo?

—No.

—Es gratis.

Vallance alargó diez billetes de cien dólares por encima de la mesa y Duncan estuvo a punto de echarse a reír.

—Cógelos y cómprate las obras completas de Shelley y vuelve a leer *Frankenstein*.

—Muy gracioso. Mi consejo es que te largues de Nueva York.

—¿Por qué?

—Porque nuestro amigo Purdy no es un gorrión, está subiendo mucho.

—Ha cometido un error.

—¿Crees que ha actuado por su cuenta?

—Sí, eso creo.

—Bien, te diré algo, señor sabelotodo. Hoy por hoy los ordenadores constituyen una especie de alma reactiva del sistema. Son ellos los que deducen en una milésima de segundo que ha llegado la hora de presionar el botón y hacer ¡bum! No te fíes de mi dato porque es posible que la operación Babyface no haya sido consignada ni archivada. Es posible que pertenezca a otro nivel de almacenamiento de datos. Todo es factible en el imperio del Tío Sam.

Vallance encendió otro cigarrillo y sonrió.

—Gracias por todo. Ten los mil dólares y no hables con nadie de este asunto. Es más peligroso de lo que parece.

—Soy un poeta, Jack. Mi temor no pertenece a este mundo material.

—Estás loco, pero tienes buen estilo. Abur, Verstein.

Salió a la calle satisfecho del resultado de la conversación con Duncan. Iba elegantemente vestido, con un traje gris perla, camisa azul, corbata roja de punto y zapatos negros. Llevaba una gabardina azul, forrada, y un sombrero impermeable al tono. No deseaba ofrecer el mismo aspecto del día anterior a los chicos de Petiboard.

Había dejado de llover y el aire permanecía colgado y húmedo entre el suelo y la cumbre de los rascacielos.

Vallance echó a andar nuevamente hacia el norte, flanqueando el East River, hasta que divisó la isla de Roosevelt y el río se dividió en dos lenguas amarronadas, dos canales que volverían a unirse más allá, en presencia de Wards Island.

Varios ciclistas pasaron a su lado y un par de mujeres entradas en carnes y enfundadas en sendos chándal de colores chillones le rebasaron conversando con voces agitadas.

Estaba mirando a las mujeres cuando un ciclista se detuvo a su lado y le apuntó con una pistola con silenciador.

—¡Hola! ¿Tú por aquí? —dijo el tipo en voz suficientemente alta como para que alguien le escuchara.

Dos sujetos ataviados con trajes deportivos surgieron desde atrás y se situaron a su lado. Conocía a los tres individuos. El día anterior había tenido con ellos una pelea de excelentes resultados. Sólo que en esta ocasión no parecían dispuestos a dejarse sorprender.

—Tú eliges, Vallance —dijo uno de los dos adeptos al *jogging*,

vienes por las buenas o por las malas. Petiboard desea hablarte.

—Creí que su único propósito era convertirme en un cadáver.

—No seas mal pensado. Vamos, continúa andando y sonríe. Hay un coche más adelante.

—Sois encantadores.

—Sólo deseo que cometas una estupidez para poder devolverte algunos de los golpes que recibí anoche. ¿Recuerdas?

La voz del ciclista era dura como una siena de carnicero, e igualmente áspera.

—No me gusta la gente que incumple los tratos.

—Déjate de monsergas —replicó el del atuendo de *jogging* que iba detrás—. No hay sitio para los soñadores en nuestro equipo.

—Buen título para este acto —dijo Vallance—: réquiem para un soñador.

—El chico es listo —comentó el ciclista.

—Allí. Sube al coche y procura ser bien educado —ordenó el del chándal que caminaba a su lado.

El ciclista sujetó la bicicleta a la baca del automóvil y abrió la puerta de atrás para dejar sitio a Vallance. Los dos muchachos de traje deportivo se situaron uno a cada lado y el ciclista se hizo cargo del volante.

Una Luger se hundió en las costillas de Vallance.

—Ahora, muy tranquilo —dijo el que tenía el arma.

El otro tipo sacó una hipodérmica y clavó la aguja en el cuello de Vallance. No sintió más que el pinchazo rápido y preciso y una nube de talco caliente se desmoronó detrás de sus párpados como la catarata más pesada del mundo.

Despertó en un ambiente que olía a cuero y humo de cigarro. Levantó la cabeza y vio los leños encendidos en una chimenea de mármol rosado y varios sillones Chesterfield ocupados por los tres niños del servicio.

—¿Qué hora es? —preguntó estúpidamente.

—¿Tenías una cita? —inquirió el ciclista.

—Déjale en paz, Matt —se irritó el que había exhibido la Luger.

—Bud —dijo Matt—, eres un sentimental.

—Iré a buscar al jefe —dijo el que le había aplicado la inyección.

Cuando el tipo estaba a punto de salir del lujoso salón, el

llamado Bud le detuvo.

—Norman...

—¿Sí?

—Haz esa llamada y que nos traigan algo de comer. Estoy hambriento.

—De acuerdo.

—¿De qué va el *show*? —preguntó Vallance, sentándose en el sofá.

Bud jugó con la Luger entre las manos antes de replicar.

—Ten paciencia. Petiboard es quien tiene la palabra. Nosotros sólo deseamos tu amistad.

Vallance miró la Luger y luego meneó la cabeza.

—No intentaré nada. Estoy fatigado y tengo la cabeza como una olla de estopa.

—Ya se te pasará la pesadez. Son los últimos coletazos de la droga. Como comprenderás no podíamos traerte aquí en estado de vigilia. Eres un chico muy despierto y podrías rehacer el itinerario.

—Entiendo.

La puerta del salón que se hallaba más lejos del grupo se abrió y Raymond Petiboard entró en la estancia precedido por un fuerte olor a loción.

—Me alegro de verte en buen estado, Vallance.

—Petiboard, es usted un hijo de perra —dijo Jack con calma.

—Siempre lo he dicho —se sonrió Petiboard—, todo un carácter el amigo Vallance. Sí, señor, todo un carácter.

—Está actuando por su cuenta, ¿no es así?

Petiboard apagó la chispa que exhibía en las pupilas y sus manos buscaron algo que hacer. Sacó una pluma del bolsillo de su chaqueta y la observó como si se tratara de una varilla filosfal. Luego se volvió hacia los dos matones deportivos y les hizo una seña para que salieran del recinto.

Obedecieron sin perder un instante. Eran profesionales y, por tanto, no tenían implicaciones personales en aquel tema. Se trataba de un trabajo más.

Petiboard buscó la seguridad ficticia de un escritorio de madera rica cuyo precio podía servir para alimentar a una pareja del Village durante doce meses. Tomó asiento y volvió a mirar la pluma.

—Es una operación muy delicada —dijo evitando la mirada de

Vallance.

—No le creo, Petiboard.

—No tiene importancia si me crees o no.

—Desde luego que la tiene. Tal vez a los titiriteros del Club les interese conocer sus piruetas personales.

—Tal vez, pero tú no eres el chivato indicado y lo sabes.

—Le cerrarían el grifo, Petiboard... o debo llamarle Shelley.

La reacción de Petiboard no fue de espanto o de sorpresa, sino todo lo contrario. Lanzó una carcajada espontánea que transformó su rostro cínico y atildado en algo parecido a la expresión de un sujeto normal.

—Te has movido mucho, ¿verdad?

—Procuro sobrevivir.

—Bien. Voy a proponerte un trato.

—No hay trato.

—Puedo hacer que te liquiden ahora mismo, Vallance.

Petiboard dejó la pluma en el bolsillo interior de la chaqueta y su mano reapareció con un Smith and Wesson del 38, cañón niquelado y aspecto siniestro.

—¿Hablamos de ello? —insistió Shelley.

—Adelante, no tengo ninguna carta adecuada —se sonrió Vallance.

—Bien.

La mano que no sostenía el arma hurgó en el pequeño bolsillo del chaleco y depositó sobre la mesa una bala del calibre 45.

—¿La reconoces?

—¿Puedo? —preguntó Vallance poniéndose de pie y avanzando hacia el escritorio.

—Desde luego —asintió Shelley y levantó ligeramente el cañón del revólver.

Vallance cogió la bala y le quitó el plomo. Dentro halló un trozo de microfilme. Miró a Shelley y luego levantó el microfilme para analizarlo contra la luz de la lámpara.

—¿Qué es lo que ves? —Parece... ¿una serie de paisajes?—. Exacto. Panorámicas del Gran Cañón del Colorado.

—Estupendo chiste —se sonrió Vallance.

—Burdley te engañó, muchacho.

Vallance pensó con rapidez. Era absurdo que Burdley se tomara

el trabajo de ocultar un material falso en el tubo de la ducha... o tal vez no...

—Nadie es perfecto.

—Tú lo eras hasta esta misión, Vallance.

—De modo que has perdido. Me alegro —dijo Jack, tuteándolo. Petiboard se sonrió, meneó la cabeza y se puso en pie.

—No me has comprendido. Quiero hacer un trato contigo, muchacho.

—Permíteme que sea yo quien te diga lo que esperas de mí. ¿De acuerdo?

—¿Por qué no?

—Cuando te entregué la bala estabas convencido de que contenía el material que esperabas, de modo que ya habías planeado *borrarme* del servicio activo. Contrataste unos cuantos chicos duros y les apostaste fuera del bar. Me deshice de ellos y, entretanto, tú comprobaste que el microfilme era falso. Entonces diste orden de que me cogieran con vida. Me necesitabas para completar el trabajo. ¿Me equivoco?

—¡Perfecto!

—Y ahora crees que debo ir nuevamente a México, hallar el verdadero microfilme y regresar como un perro amaestrado y dispuesto al sacrificio. Petiboard, debes estar completamente loco. ¿Sabes qué diferencia hay para mí entre morir ahora o más tarde? Te diré cuál es la diferencia, cerdo. Si me matas ahora se acaba tu negocio. No podrás dar con el microfilme. Yo soy el único que puede realizar la misión con éxito y, fundamentalmente, con rapidez.

—Es cierto.

Petiboard devolvió el
Smith & Wesson

a la funda sobaquera y se sentó detrás del escritorio.

Vallance también se sentó, cruzó las piernas y encendió un cigarrillo.

—El trato es el siguiente —dijo Petiboard—: cien mil dólares más y mi palabra de que me olvidaré de ti en cuanto me entregues el verdadero microfilme.

—¿Tu palabra? —se rió Vallance—, tu palabra no es más que un montón de mierda.

—Es lo único que puedo ofrecerte. Conoces mi nombre verdadero y también sabes que trabajo por mi cuenta, al margen del Club. Cuando regreses de México estableceremos contacto donde tú digas. Puedes preparar el terreno de juego. Es todo cuanto puedo ofrecerte como garantía de mis buenas intenciones. ¿Qué dices?

Vallance pensó con rapidez. Podía negarse y entonces Petiboard le haría matar allí mismo. Podía aceptar y luego huir, pero no era posible escapar continuamente de alguien como Petiboard. Por su cargo estaba en condiciones de inventar un pretexto para que todos los servicios del mundo estuvieran pendientes de su sonrisa burlona. Sólo le quedaba una opción.

—De acuerdo. Quiero los cien mil dólares ahora.

—No eres tan estúpido como para intentar escapar. Sabes perfectamente que te hallaría antes o después, ¿verdad, Vallance?

—dijo Petiboard y abrió un cajón del estupendo escritorio para sacar un fajo de billetes que tiró a Vallance.

—Aquí hay veinte mil dólares —dijo Jack.

Sin una sola palabra más, Raymond Petiboard le fue arrojando, uno a uno, cuatro fajos más, todos de veinte mil dólares.

—Es un trato —dijo Vallance.

—¿Cuánto tiempo crees que te llevará?

—Haré cuanto pueda, pero es posible que ese micro-filme haya desaparecido. Sólo buscaré en México siguiendo la pista que conozco, la que corresponde a Burdley. Si he de iniciar otra investigación y salir del continente, entonces el precio será más alto.

—De acuerdo —aceptó Petiboard.

—Entonces no tenemos más de qué hablar, señor Purdy Shelley. ¿Cómo puedo ponerte en contacto contigo?

—Pon un aviso en el *New York Times*: «Gracias por todo, amigo Purdy». Dos días más tarde hallarás un número de teléfono y una frase sencilla firmada por Purdy.

—De acuerdo —aceptó ahora Vallance.

—Será mejor que te dejes drogar por los muchachos. Una dosis muy breve. Esta casa es muy privada. ¿Lo comprendes?

Vallance le dedicó una deliciosa sonrisa de comprensión y Petiboard llamó a los tres matones. Norman preparó la hipodérmica y sonrió.

Esta vez le inyectó en el brazo, pero la nube de talco pesado volvió a aparecer con la misma delicada prepotencia y Vallance se dejó arrastrar por su deliciosa tibieza hasta el fondo de una espiral de plumas.

Despertó dentro del automóvil y Norman le dio agua helada de un termo.

—¿Cómo te sientes?

—Como un hombre rico, amigo.

—Entonces baja del coche y márchate. Está a punto de amanecer y no hemos dormido desde hace un par de días.

Vallance abrió la puerta del automóvil y dejó que el aire helado le espabilara durante algunos minutos.

Norman le ayudó a ponerse de pie y le sostuvo mientras caminaba algunos metros.

—Gracias, puedo arreglármelas solo —dijo Jack.

—Pórtate bien y no nos guardes rencor. Estamos en el mismo baile —sonrió Norman y regresó al coche.

Vallance aguardó a que las luces posteriores desaparecieran y comenzó a caminar. Se hallaba en las proximidades del Lincoln Center y sentía la cabeza como un balón lleno de gas ligero y espuma. Tenía ganas de reír y, a la vez, sabía que debía pensar antes de tomar cualquier iniciativa.

Cogió un taxi y le dio una dirección de Broadway. Allí bebió un café cargado y un litro de agua en una cafetería. Cuando sintió que era parcialmente dueño de sus ideas, salió a la calle y caminó hasta que el día floreció por encima de Queens. Tardó todavía una hora en llegar a la casa de Rhea, procurando despistar a un eventual perseguidor y cuando abría la puerta vio a la muchacha que descendía de un taxi.

El rostro de Rhea se iluminó y una sonrisa exquisita llevó a Vallance al borde del llanto. Se sintió como un imbécil y atribuyó la reacción a los efectos secundarios de la droga.

Subieron abrazados y antes de entrar en el piso de Rhea la muchacha detuvo a «Cat» con una orden seca. Pero el gato no saltó sobre ellos por la sencilla razón de que no estaba en casa.

—Es un gato muy pillo —sonrió Rhea—. ¿Sabes? Me preguntaba si aún estarías aquí a mi regreso.

—Eres como una enfermedad.

—¿Mucha fiebre?

—Estoy ardiendo.

—Entonces, vamos al dormitorio. Quiero que hagamos el amor —dijo ella como una niña sería y decidida.

Se desvistieron con urgencia y saborearon la piel a medida que iban desnudándose.

Vallance recorrió el cuerpo tenso y caliente de Rhea y ella devolvió todas y cada una de sus caricias con una voluptuosidad creciente y palabras tiernas y apagadas.

—Como si fuese tu primera amante... —murmuró Rhea y su cuerpo se quebró en un espasmo prolongado y sutil.

Mucho tiempo más tarde, cuando la mañana se tomaba más y más gris ante la proximidad de la tarde y la invariable tormenta, Vallance saltó de la cama y miró a la mujer sonriente.

—Tengo que irme de viaje —dijo con firmeza—, pero cuando regrese procuraré no separarme más de ti. Tengo que averiguar si estoy enamorado.

Rhea reprimió un gesto de dolor ante la partida y tensó sus músculos debajo de la sábana.

—Sabes dónde encontrarme y también que estaré esperándote.

CAPÍTULO VII

Ensenada es un municipio situado sobre el océano Pacífico, junto a la desembocadura del río de Todos los Santos y en la bahía de Todos los Santos. Es un puerto pesquero del noroeste de México, rico en sardinas y langostas, adonde llega un importante contingente turístico a disfrutar de los placeres naturales, gastronómicos y, también, de los goces creados por la imaginación del hombre para que sus congéneres hallen durante su breve estancia terrenal ese momento de éxtasis pecador que es ferozmente criticado desde el púlpito de las iglesias.

Cuando Vallance llegó a Ensenada y abrió la ventanilla de su coche de alquiler, sintió en el rostro el golpe brutal de un aire caliente, ligeramente húmedo y cargado con el perfume de la euforia que producen en el recién llegado los efluvios del clima caliente.

Buscó un aparcamiento distinto al utilizado en la ocasión anterior y dejó el automóvil en el segundo subsuelo tras recoger el *ticket* de la máquina automática. Utilizó la escalera para llegar hasta el nivel de la calle y empleó quince minutos en hallar un taxi que le llevó hasta un hotel de tres estrellas, cómodo, limpio y poco ostentoso donde los viajeros de comercio ahorran parte de sus dietas para luego emplearlas en los *cabarets*.

Se duchó en un cuarto de baño azulejado en verde y con una bañera de patas cortas y principios de siglo mientras un sol asesino se filtraba por entre los intersticios de las persianas. Colgó el traje blanco en el ropero y dispuso las pocas ropas que había traído en los cajones de una cómoda gigantesca.

El espejo, al que hacía falta un azogado, le devolvió la imagen de un rostro delgado, de labios gruesos y burlones, ojos ligeramente juntos y una nariz algo desproporcionada. Tenía el cabello castaño y largo y, todavía, conservaba el moreno de la larga persecución de

Burdley desde Florida a México por las tierras calientes del Sur.

Se vistió con un tejano muy gastado, camisa roja de mangas cortas alpargatas y una cazadora de lona que le permitía ocultar la 45 en una funda de cintura apretada contra los riñones.

Salió del hotel llevándose la llave y con trescientos dólares en el bolsillo de la camisa. Había dos cosas que debía hacer en cuanto el sol circulara un poco más por el cielo y le permitiera respirar con cierta comodidad.

—¿Lustrabotas, señor?

El chiquillo parecía recién salido de una de las películas de Cantinflas, con su aspecto limpio, grandes dientes sonrientes y un brillo pícaro en los ojos oscuros.

—Llevo alpargatas, chaval —dijo Vallance en castellano.

—Lo sé —sonrió el chico y recibió un dólar por la sonrisa.

El bar estaba en una esquina y tenía una terraza amplia, con una docena de mesas, protegida del sol por una parra densa como el tejido de una manta indígena.

Vallance se sentó con la espalda contra la pared y pidió una cerveza a la camarera. La chica vestía una falda roja, sandalias de cuero y una blusa de escote redondo con volados que permitía una estupenda panorámica de sus senos poderosos.

—¿Algo más, señor? —preguntó la muchacha, permaneciendo inclinada y ofertando su mercancía morena y tensa.

—Sí, media langosta asada.

—En un momentito estará servido el señor —sonrió la camarera y se alejó con un perverso movimiento de caderas.

No era hermosa, pero tenía un rostro juvenil y rotundo que resultaba atractivo junto al cuerpo exuberante. En cuanto acabara de comer y hubiese intercambiado algunas bromas con ella, le haría un par de preguntas en plan turista ávido de emociones fuertes.

Comió con buen apetito sin dejar de pensar en Vicky.

No creía que Burdley hubiese ocultado el microfilme en otro sitio, sólo por precaución. Estaba seguro de que Vicky tenía algo que ver en el asunto y estaba dispuesto a averiguarlo esa misma noche.

Apartó el plato con los restos de la langosta, bebió el último trago de cerveza y encendió un cigarrillo.

La camarera atendía a dos mexicanos jóvenes que reían

estentóreamente. El resto de las mesas de madera gastadas por el sol y las lluvias permanecían vacías bajo la sombra protectora de la enredadera. Algunas abejas zumbaban entre las hojas y de vez en vez se oía el pitido de una sirena llegando desde el mar próximo.

Había consumido la mitad del cigarrillo cuando la muchacha se acercó a la mesa con una botella y una copa.

—La casa invita. Es tequila.

—Sola —dijo Vallance—, sin sal y limón.

—De acuerdo.

Le sirvió la copa hasta el borde y Vallance bebió despacio, ante la mirada graciosa de la mujer.

—¿Qué más puedo hacer por usted, señor?

—¿Cuánto te debo?

—Poco dinero.

—¿Es suficiente? —preguntó Jack, alargándole dos billetes de diez dólares.

—Depende. Es suficiente para pagar la comida, sí, señor.

—Puedes quedarte con la vuelta.

La muchacha se levantó lentamente la falda hasta que los muslos dorados y duros fueron la rúbrica perfecta a su sonrisa de picardía.

—Sólo deseo información.

—¿Qué clase de información?

—¿Cómo te llamas?

—Rosario.

La muchacha continuaba con la falda alzada, de espaldas al resto de la tenaza semi desierta por lo que aquel espectáculo incitante era patrimonio exclusivo del norteamericano.

—Escúchame, Rosario, tienes unas piernas estupendas y unos pechos que me harán soñar por la noche. Tu rostro es amable y sonríes como una diosa morena, pero yo estoy buscando a alguien. ¿Conoces el bar del Griego?

Ahora sí la muchacha dejó caer la falda, se irguió con los músculos tensos, soportó el peso del cuerpo en una sola pierna y apoyó las manos en la cadera. La decepción que revelaba su rostro era notoria.

—No es un buen sitio.

—Lo sé. Dime dónde está y a qué hora se pone mejor el ambiente.

—Escuche, señor, yo puedo dejar mi trabajo. Iremos a sitios mejores y luego...

Vallance cogió una de las manos de la chica.

—Rosario, te daré cincuenta dólares y podrás invitar a tu novio a un sitio elegante si lo deseas, o comprarte un par de zapatos o ahorrar para largarte de Ensenada, lo que tú desees. Ahora, dime dónde está el bar del Griego.

La expresión de la muchacha se hizo seria y estiró una mano regordeta. Vallance puso el billete de cincuenta dólares en la mano y aguardó a que ella lo ocultara entre sus poderosos pechos.

Durante un momento tuvo la tentación de apretar y acariciar aquellos senos pletóricos, dorados y ofertantes.

—Le indicaré dónde está ese tugurio —dijo la mexicana y a continuación dibujó un plano precario sobre la mesa, utilizando para ello un dedo y el resto de licor que había en la copa de Vallance.

No estaba lejos del cuartucho donde había liquidado a Burdley.

Vallance se puso de pie y la muchacha, intempestivamente, se pegó a su cuerpo y lo besó con fuerza en la boca.

—Gracias, señor —dijo entonces con una sonrisa y se alejó corriendo entre las mesas.

Vallance salió al sol de la tarde e inmediatamente su cuerpo se cubrió de sudor. Alquiló un *scooter* y paseó por la ciudad y por los alrededores observando la diferencia entre la faz turística, *for export*, y el rostro autóctono, subdesarrollado del municipio. Vio algunos yates de varias decenas de metros anclados en el puerto y a algunas divas semidesnudas bebiendo sus cócteles entre risas y acordes estridentes en los equipos cuadrafónicos y, también, pasó delante del bar del Griego, a doscientos metros de la calleja donde Burdley había hallado su covacha y luego la muerte.

Detuvo el *scooter* en una playa alejada, se desvistió y nadó cerca de la costa durante media hora, sin perder de vista el sitio donde había dejado la ropa. Salió del mar cuando el sol se ponía en el horizonte y dejó que una brisa suave y afortunada secara su cuerpo. Luego se vistió y regresó en el *scooter* a la zona de operaciones. Se sentía bien, con los músculos tensos y el cerebro helado.

Devolvió el *scooter* y fue andando hasta el bar del Griego.

El callejón ascendía suavemente para luego descender hacia el

puerto. Por lo tanto, no se veía el mar desde la puerta del tugurio y la brisa salina del Pacífico parecía eludir deliberadamente el callejón para no contaminarse con el hedor a pescado rancio, vómito, orines de varias especies animales, incluida la del hombre, y desperdicios sembrados en medio de la calle por una jauría de perros esqueléticos y hambrientos.

A ambos lados del callejón vio una docena de travestidos que parecían salidos del momento más patético de una película de Pellini, con sus rostros muy maquillados, sus pelucas imposibles y sus vestidos dignos del carnaval carioca.

Recibió cincuenta proposiciones diferentes de alcanzar el éxtasis, el cielo, el infierno, el máximo placer, la magia todopoderosa del orgasmo e, incluso, de acceder ¡por fin! a la felicidad. No obstante, Vallance rehusó la buena voluntad de aquellos tipos cargados de hormonas y tristeza, incomprendidos por la buena sociedad de los niños auto-titulados normales, y entró en el bar del Griego.

Había varias parejas bailando con expresión extasiada, un grupo de turistas bien vestidos bebiendo junto a la barra y observándolo todo a su alrededor como si estuviesen en un parque de atracciones de Nebraska y en varias mesas distribuidas estratégicamente, algunas parejas de difícil definición sexual se comportaban como enamorados apasionados.

Detrás de la barra había un tipo gigantesco, gordo como una morsa, con brazos excesivamente musculosos y tatuados y un bigote que le dividía en dos partes el rostro voluminoso. Llevaba el cabello recogido en la nuca con una coleta y tenía los párpados maquillados de dorado.

El efecto resultaba más sobrecogedor que ridículo y, por otra parte, Vallance supuso que nadie sería capaz de decirle a aquella montaña ambigua que parecía una caricatura expresionista.

Pidió un *whisky* y miró a los travestidos que aún continuaban solitarios. Vicky no estaba entre ellos. Por un momento pensó que tal vez no le hallaría, que era posible que se hubiese largado de Ensenada, o que jamás hubiese vivido realmente allí, sino que Burdley le había levantado en algún otro sitio. Durante el tiempo en que siguió a Burdley no le había visto jamás con aquel travestido y esa carta era la única que pensaba hacer valer.

Iba por el segundo *whisky* y la primera docena de negativas a los

muñecos solitarios, cuando vio aparecer a Vicky.

Estaba borracho como una cuba y vestido de un modo que hizo lanzar un concierto de carcajadas al grupo de turistas. Llevaba un *short* que había ajustado a sus nalgas y su pubis de tal manera que parecía imposible que pudiese respirar con comodidad. Llevaba calcetines rojos hasta las rodillas y dos ligas en los muslos. Los zapatos de tacón alto eran amarillos, igual que el *short*, y la blusa gitana, de mangas anchas cerradas en los puños, estaba completamente abierta en el frente permitiendo una visión dolorosa de unas tímidas tetas artificiales.

El rostro de Vicky era lo más patético. Iba sin la peluca que Jack le había visto y tenía los ojos terriblemente maquillados y la boca y el rostro en una máscara burda y desesperada.

El grupo de turistas se abrió para admitirlo en su seno. Ninguno de aquellos cuatro atildados caballeros se había atrevido a aceptar las invitaciones de los travestidos sobrios que había dentro del local, pero ahora se lanzaban como chacales rabiosos y divertidos sobre Vicky, impulsados por alguno de esos instintos perversos y obscenos que lleva el ser humano entre las circunvalaciones de su sorprendente cerebro.

—Ven aquí, mariquita —dijo uno de ellos, rubio y con bigotito a lo Douglas Fairbanks, cogiéndole por un brazo y apoyando a Vicky contra la barra.

Los otros tres turistas eran un vejete con peluquín, un gordo de camisa amplia y suelta con motivos hawaianos y un hombre de mediana edad y buen físico de atleta que sonreía por el costado de la boca mientras bebía el cuarto *whisky*.

—No quiero beber con vosotros... —aulló Vicky, revolviéndose contra la barra.

—¿Por qué no, encanto? —le espetó el símil de Fairbanks—. ¿Es que acaso no te gustamos?

—Hazle tragar el *whisky*, Ransom —dijo el gordo al tipo atlético.

El vejete se limitaba a sonreír de un modo convulsivo. Vallance pensó que había llegado el momento de actuar. No deseaba que Vicky terminara molido a palos o en coma alcohólico. Sabía perfectamente que en aquel tugurio difícilmente llamarían a la policía y que, a menos que alguien defendiera al travestido, los turistas del gran país del norte actuarían impunemente y pagarían

por ello con sus respetados dólares.

El divo del bigotito cogió a Vicky por el rostro y le obligó a abrir la boca mientras el vejete le sostenía las piernas por los muslos y el atleta cogía una botella de *whisky*. El gordo se limitaba a controlar las evoluciones de su tripa, conmovida por esperpénticas carcajadas.

Había resentimiento en el grupo, odio contra el travestido, y también una evidente delectación por tocarle el cuerpo para hacerle daño y para gozar con ello. Aquella pandilla no merecía otra cosa que ser revolcada en la basura.

El Griego se movió detrás de la barra, incómodo e inseguro. No atinaba a actuar y Vallance se acercó a él.

—Yo lo arreglaré —dijo en castellano al barman maquillado.

El tipo hizo un gesto de asentimiento y Vallance recorrió la barra en dirección al grupo. La música había bajado de tono y la mayoría de las parejas habían dejado de bailar. En las mesas, los rostros de los bebedores enamorados miraban con preocupación la escena que estaba desarrollándose junto a la barra.

Uno de los travestidos que bailaba dejó a su pareja y se acercó al grupo de turistas. Tocó el hombro del atleta y le sonrió con nerviosismo.

—Vamos, machote, déjala, ¿acaso no ves que está borracha?

El atleta apartó el brazo con un golpe violento y empujó al travestido que fue a dar con sus huesos al suelo arrastrando consigo a dos bailarines.

—¿Qué ocurre? No os gusta la buena diversión —rió el gordo—, esta ricura cantará para todos vosotros. ¿No es así Ransom?

—¡Claro que sí! —aulló el atleta—. Y luego nos hará un *striptease*. *Queremos ver cómo se las apaña con lo que le cuelga entre las piernas*.

Por encima de la cabeza del gordo, Vicky clavó en Vallance unos ojos suplicantes.

—Ya está bien —dijo Jack—, si no os apetece la mercadería que se ofrece aquí idos con vuestra majestuosa virilidad a otra parte.

El atleta se dio la vuelta y recibió un puñetazo salvaje en la nariz. Cayó contra el vejete que perdió el peluquín y ambos rodaron por el suelo.

Vallance hundió el codo en la tripa del gordo que comenzó a

vomitó *whisky* y bilis y, cogiéndolo por el cuello, lo propulsó hacia la puerta de salida.

El bello del bigote a lo Douglas Fairbanks había perdido su apostura y exhibía un rostro pálido y tembloroso.

Antes que Vallance le alcanzara, corrió hacia la puerta, pero a mitad de camino un par de travestidos saltaron sobre él como gatos furiosos y el barman tuvo que salir de detrás de la barra armado con un sifón para enfriar los ánimos de la pareja.

Cuando soltaron al Adonis tenía el rostro rasguñado y cubierto de sangre y una mordedura de mucho cuidado en el cuello.

El barman se ocupó personalmente de echar a la calle a toda la pandilla, sin prestar atención a los gritos del vejete que pretendía recuperar su peluquín.

—¿Tienes un cuarto donde rehabilitar a este chico? —preguntó Vallance al barman.

—Sí, detrás de la cortina —replicó el gordo.

—Vamos, pequeño —dijo Vallance, cogiendo a Vicky con la mano derecha y un sifón con la izquierda.

Los travestidos le palmearon y aplaudieron su mutis.

En el cuarto había una cama con sábanas limpias, una mesa de madera, cuatro sillas y ninguna ventana. Vallance sentó a Vicky en una de las sillas, le sujetó el rostro y le regaló un toque de sifón en plena frente.

—¿Qué es lo que haces? —preguntó Vicky con voz serena y luego, enfocando sus ojos en Vallance, convirtió su expresión en una mueca de espanto.

—Sí, soy yo.

—Tú... yo te conozco y...

—¿Sabes a qué he venido, chico?

—No... yo...

—Te he salvado de esa pandilla de imbéciles, y quiero la verdad.

—Quiero irme de aquí. Déjame o gritaré y...

—Y te quedarás sin dientes antes de que acabe contigo. Puedo ser muy duro y no te conviene comprobarlo. Mira, procura ser razonable y recibirás dos regalos importantes: el primero, tu propia vida y el segundo diez mil dólares.

—¿Diez mil dólares?

—Eso he dicho.

—No puedo creerle. Está tratando de engañarme y además...

Vallance le propinó una sonora bofetada.

—Estoy hablando en serio y no tengo mucho tiempo, Vicky.

—¿Por qué voy a creerle?

—Porque no tienes otra alternativa, chico.

Vicky se miró las manos y las rodillas. Vallance encendió un cigarrillo y aguardó pacientemente a que el otro comprendiera que efectivamente no tenía más alternativa que cooperar.

—¿Sabes? Te has metido en un asunto demasiado grande para ti. Te propongo que salgas ileso y con diez mil dólares. Eso que tienes en tu poder no te servirá de nada sin los contactos necesarios y no estás en condiciones de establecer esos contactos sin perder la vida en el camino. ¿Me comprendes?

—Sí, creo que sí. Está bien, se lo daré.

—¿Dónde estaba? No lo tenías cuando te hallé en el cuartucho de Burdley.

El travestido le dedicó una sonrisa maliciosa y satisfecha.

—Sí que lo tenía.

—¿Dónde? —preguntó Vallance como un imbécil.

—En el recto —replicó el otro con un gesto lúbrico.

—¿Por qué lo ocultaste?

—No lo sé. No conocía a ese tal Burdley, pero cuando oímos que alguien entraba en el pisito y él comenzó a disparar yo perdí toda noción de lo que hacía. Él cogió una especie de cápsula y me la entregó. Yo estaba desnuda. Me dijo que la ocultara y lo primero que se me ocurrió...

Otra sonrisa lúbrica y fue el final de la historia.

—¿Dónde está ahora?

—Cerca de aquí.

—Bien, creo que es hora de marcharnos.

Salieron del cuarto y atravesaron el salón del Griego acompañados por los vítores y los aplausos del personal.

El barman les guiñó un ojo maquillado y confeccionó una complicada mueca con los labios carnosos y la lengua gigantesca. Vallance se limitó a hacer la V de la victoria antes de salir de la estancia.

Vicky vivía en los fondos de un restaurante chino, en una especie de barraca con cuarto de baño que había detrás de un

gallinero y a la que se accedía por un sendero de ladrillos clavados en la tierra.

Por fuera la barraca parecía a punto de caerse a pedazos, pero dentro el ambiente era agradable. Había fotografías de actores famosos y también de algunas divas despampanantes como la Mansfield o Mac West, junto a un afiche de Conan el Bárbaro y una estampa de San Francisco de Asís.

Vallance se quedó mirando la estampa y Vicky sonrió.

—Mi verdadero nombre es Francisco —explicó, ligeramente ruborizado.

Abrió un pote de crema para desmaquillar, hundió en ella los dedos y extrajo una cápsula de metal del tamaño de un supositorio para adultos.

—Aquí está. Ahora quiero mi dinero.

—Te lo traeré en media hora. Espérame aquí.

Vicky sonrió y exhibió sus piernas depiladas y abiertas.

—No sé por qué lo hago, pero le creo.

—Y no te equivocas, chico.

Vallance recorrió rápidamente la distancia que le separaba del hotel y buscó el dinero que había ocultado en su habitación. Regresó a la barraca de Vicky y le entregó la suma convenida.

—Si alguna vez me necesitas no vuelvas por aquí a buscarme. Con esta pasta iré a Acapulco.

—Te deseo toda la felicidad del mundo, Vicky.

—Tú puedes llamarme Francisco.

—Adiós, Francisco.

En el camino de regreso al hotel descubrió al atleta, al Adonis, al vejete del peluquín y al gordo de la camisa hawaiana. Iban caminando por el centro de la calle, completamente borrachos y riéndose como locos. Todos llevaban señales de la pelea pero no parecían demasiado preocupados por ello.

Cuando Vallance pasó a su lado le saludaron efusivamente y le invitaron a unirse al safari. No le habían reconocido.

Diez minutos más tarde estaba bajo la ducha helada, pensando en Rhea. Decidió que se largaría esa misma noche y preparó el equipaje. Ocultó la cápsula en una pequeña bolsa que colgó de su cuello con una cadena de artesanía, se vistió, preparó el escaso equipaje y pagó la cuenta del hotel.

Fue en taxi hasta las proximidades del aparcamiento donde había dejado el automóvil y caminó las últimas manzanas verificando si había alguien tras sus pasos.

No descubrió a nadie y descendió hasta el segundo subsuelo, entró en el coche, puso en marcha el motor y salió del aparcamiento. Un mexicano somnoliento le cobró la estadía y Vallance enfiló hacia Tijuana.

—Hola, muchachito —dijo la voz de Matt el ciclista a su espalda y Vallance sintió la boca dura de un arma en el centro de la nuca.

CAPÍTULO VIII

—Creo que te estás repitiendo, primor —dijo Vallance.

—Esta vez lo sentimos mucho por ti. Detén el coche en el arcén. Allí, junto al depósito de chatarra.

—¿Qué os ha propuesto ahora el cerdo de Petiboard?

—Detén el automóvil —ordenó Matt.

Vallance obedeció y, tal como había ocurrido la última vez, Bud y Norman surgieron de las sombras y entraron rápidamente en el coche.

—¿Cómo lo haréis?

Matt y Norman estaban en el asiento trasero y Bud, armado con su Luger, junto a Vallance.

—Será una muerte ritual. Volarás por los aires junto con tu coche. Mira —explicó Matt y pasó a Bud una pequeña bomba de relojería.

—Pon en marcha este trasto, hemos elegido un sitio estupendo más adelante, antes de llegar a Tijuana —dijo Norman.

Vallance salió nuevamente a la carretera y aceleró el motor.

—¿Te gusta el regalo? —preguntó Bud, mostrándole la bomba de relojería.

—¿Qué fue lo que os dijo Petiboard? ¿Sabéis a qué he venido a México?

—Sí, a liquidar a un fulano. Eres un asesino profesional. ¿Cómo te fue?

—Bien.

—Estupendo —se sonrió Matt—. Has cumplido con tu último trabajo y ahora estás en inmejorables condiciones para viajar al infierno.

Una sospecha cruzó por la cabeza de Vallance.

—¿Sólo os dio orden de liquidarme?

—Exacto —dijo Norman.

—A ti y a la ninfa —dijo Matt, burlón.

—¿Qué ninfa?

—La muñeca que vive sola. Alguien se hará cargo de ella en cuanto le informemos a Petiboard que tú estás tocando el arpa.

Vallance pensó que la náusea iba a romperle la garganta. Petiboard conocía la existencia de Rhea y estaba dispuesto a acabar con ella. No quería aquel micro-filme, sino su muerte y por el modo que había elegido para liquidarlo no cabía duda de que también deseaba destruir el microfilme.

—¿Quién preparó el explosivo de tiempo? —preguntó.

—El propio Petiboard —explicó Norman—. Dijo que de algún modo deseaba acompañarnos en el momento decisivo.

Y entonces el tictac del mecanismo de relojería se hizo perfectamente audible y Vallance supo que Petiboard lo había dispuesto perfectamente. Seguramente les había informado a aquellos pobres diablos que activaran el mecanismo en cuanto subieran al coche y les había engañado respecto al tiempo de seguridad antes de la explosión. Aparentemente, ninguno de los tres conocía lo que él de explosivos y comprendió que la bomba estaba a punto de estallar.

—Escucha el tictac —sonrió Matt.

Vallance supo que su tiempo se acababa, clavó los frenos, abrió la portezuela del coche y tras dar un tirón del volante, saltó fuera sobre la carretera.

Rodó dolorosamente sobre el pavimento mientras el automóvil se salía de la carretera y apuntaba directamente hacia el profundo escalón que sucedía al arcén.

En el momento en que el hocico del coche se deslizaba por el escalón lateral, una explosión violentísima dibujó una llamarada anaranjada de la tibia noche mexicana.

Vallance se puso de pie y corrió hacia el coche. Ningún cuerpo había podido salir de la prisión de hierros retorcidos. Petiboard había conseguido parcialmente su objetivo de eliminar a todos los testigos de la operación Babyface.

La aprensión que sentía por las últimas palabras de Matt le obligó a apartarse de aquella hoguera fascinante y echar a correr en dirección a Tijuana. Se había alejado tres o cuatro kilómetros cuando pasó la primera ambulancia. La carretera estaba muy

transitada, pero Vallance se cuidó mucho de hacer autostop o de dejarse ver.

Cogió un autocar en una gasolinera y se bajó en Tijuana. Su traje blanco estaba sucio por la caída, pero en términos generales su aspecto era respetable.

En Tijuana alquiló un coche y se despidió de su 45. Todo lo que necesitaba era un retraso en la frontera por llevar armas. Cruzó la línea que separaba México de los Estados Unidos y hundió el pie en el acelerador.

En el primer teléfono que halló se comunicó con el *New York Times* y pidió que publicaran el aviso previsto: sólo que decidió cambiarlo, en vez de poner «Gracias por todo, amigo Purdy», se decidió por «Gracias por nada, Purdy». Luego llamó a Rhea. El teléfono sonó durante mucho tiempo sin que nadie levantara el auricular.

Una sensación de espantosa impotencia recorrió la espalda de Vallance cuando se deslizó nuevamente tras el volante y aceleró en dirección a Los Ángeles. Calculó que las tres horas de diferencia con Nueva York jugarían en su favor y cogió el primer vuelo.

En esta ocasión no se preocupó en absoluto por comprobar si alguien le seguía. Lo más probable era que nadie lo hiciera, ya que Petiboard supondría que todo estaba definitivamente liquidado.

Dio al chófer la dirección de Rhea y subió a la carrera hasta su piso. Abrió la puerta de golpe y «Cat» saltó sobre él.

Sin prestar atención al gato, que continuaba prendido a su hombro, recorrió todas las habitaciones de la vivienda hasta comprobar que la muchacha no estaba allí.

Encontró la nota sujeta con cinta engomada al espejo del cuarto de baño.

«Si llegas antes que yo, espérame como si fuese tu primera amante. Rhea».

La nota no tenía firma.

Vallance comprendió que ignoraba todo lo concerniente a la muchacha. No sabía dónde trabajaba ni dónde vivía su padre ni... Se sirvió un *whisky* y miró cómo amanecía sin atinar a nada. Salió a la calle y compró un ejemplar del *New York Times*. Su aviso estaba allí.

Regresó al piso de la muchacha y comenzó a registrarlo metódicamente, en busca de una pista que le indicara dónde trabajaba, o para quién podía estar cubriendo un reportaje en aquel momento. Era posible que Petiboard postergara su eliminación al leer el aviso modificado en el periódico, pero también era posible que hubiese contratado a alguien para que se deshiciera de ella.

La impotencia le consumía. No pudo hallar ningún rastro que le permitiera alertar a Rhea. Se sentó en una butaca y dejó que «Cat» se frotara contra sus pies mientras la lluvia batía, una vez más, los cristales de las ventanas.

Dejó salir al gato cuando anochecía en el hueco de la calle y fue hasta la cocina para prepararse un bocado. Jugó con los huevos revueltos sin poderlos tragar y se sirvió una taza de café que le cayó en el estómago como una bomba de tiempo.

Se adormeció hacia la mitad de la madrugada y despertó sobresaltado por una angustia creciente. Se duchó y se vistió con ropas limpias y sujetó la pistola Máuser a su cintura antes de salir a la calle. Compró un periódico y halló el mensaje de Petiboard.

Había un número de teléfono y la firma: Purdy.

Se metió en una cabina y llamó.

—Aquí Petiboard.

—Soy Vallance.

—Me sorprendes, muchacho. ¿Eres inmortal?

—Tengo el microfilme.

—¿Qué ocurrió?

—Maldito hijo de perra, liquidaste a tus propios hombres.

—Vamos, muchacho, no seas tan romántico. Este mundo es helado y peligroso. Ya deberías haberlo comprendido. ¿Dónde nos vemos?

—Hay una playa en Conney Island. Esta tarde, sobre las siete.

—¿Cuál es esa playa?

—Está junto a un cartel publicitario de las Islas Vírgenes. No tiene pérdida. Si no vienes sólo yo lo sabré, Shelley.

—Tranquilízate, muchacho. Sé cuándo tengo malas cartas.

—Y olvídate de la muchacha.

—¿La muchacha?

—Si le ocurre algo, olvídate del trato.

—Entiendo. No le ocurrirá nada, Vallance.

Jack cortó la comunicación y regresó a la casa de Rhea. La muchacha no estaba y «Cat» aún no había regresado. Se sintió más solo que nunca y odió a Petiboard como jamás había odiado a nadie.

Alquiló un coche y se dirigió a Queens. Aparcó muy cerca de Forest Park y fue andando hasta el edificio modernista donde el viejo polaco le arrendaba el cuarto.

—Hola, hijo. ¿Problemas?

—Dame la llave. Tengo prisa.

El viejo le entregó la llave y Jack subió hasta el cuarto de la última planta. Sacó del ropero un chaleco antibalas y se lo puso debajo del jersey de cuello volcado. Comprobó la carga de la pistola y salió otra vez.

—Mañana te presentaré a mi novia, anciano —dijo al polaco.

—No puedo creerlo —bromeó el viejo.

Aparcó el coche a un kilómetro del sitio previsto en la playa y fue andando hasta los médanos que lindaban con el cartel que anunciaba el paraíso caribeño.

Apenas si tuvo tiempo de ocultarse cuando una motocicleta se detuvo a unos cuantos metros y un individuo delgado, vestido con un traje de cuero, descendió de ella y buscó un sitio donde ocultar el vehículo. Halló una pequeña hondonada flanqueada de matorrales, junto a un desierto puesto veraniego de perritos calientes y luego echó a andar con un maletín entre las manos.

Vallance le siguió sigilosamente.

La playa estaba vacía y una lluvia pertinaz ahuyentaba incluso a las escasas gaviotas rezagadas.

El tipo desapareció tras un médano y Vallance se arrastró en aquella dirección. Le vio mientras el otro estaba dedicado a montar un fusil con mira telescópica y Vallance sonrió con satisfacción.

Petiboard tomaba todas las decisiones para cubrir sus flancos, y Jack supuso que en cuanto el francotirador le liquidara, Shelley se desharía de él y luego iría tras Rhea. O tal vez se olvidara de ella, o...

La idea le perforó el cerebro como una estalactita helada. Tal vez aquel asesino ya se había ocupado de Rhea.

Había decidido aguardar todavía antes de ocuparse del francotirador, pero la imagen de Rhea muerta flotó ante él como un

espectro demencial y no pudo controlarse.

Saltó sobre el tipo, que se volvió velozmente hacia él. Pero no tuvo tiempo de utilizar el fusil. Vallance se lo hizo saltar de un puntapié y el hombre adoptó una guardia cerrada de karate.

Ninguno de los dos dijo una sola palabra.

El tipo saltó hacia Jack y le lanzó una perfecta patada al cuello. El antebrazo derecho de Vallance describió un arco desde el hombro izquierdo hacia el derecho, apartó la pierna endurecida como un ariete, y su puño izquierdo se hundió en los testículos del tipo que cayó anudado y lanzó un largo gemido de dolor.

Vallance lo cogió por el cuello, le dio la vuelta y lo golpeó con el puño convertido en martillo debajo del ombligo. Luego le ató las manos y los pies con los cordones de sus botas de motorista y aguardó a que dejara de vomitar.

—¿Qué ocurrió con la chica? —preguntó.

El tipo le miró fríamente.

—Puedo romperte todos los huesos sin que te desmayes y acabarás por hablar. Tú eliges.

—De la chica me debía ocupar más tarde. No se hallaba en su casa.

—¿Cuándo te pagarán?

—Cuando acabe con ella.

—Estupendo. Ahora tú y yo aguardaremos a nuestro amigo Petiboard.

Amordazó al francotirador y le quitó una pequeña pistola del calibre 22 que llevaba debajo del traje de cuero.

Las horas pasaron lentamente, pero Vallance estaba acostumbrado a hacer gala de su infinita paciencia.

A las seis y media bajó a la playa.

Petiboard apareció a las siete menos cinco minutos. La noche era oscura, pero las siluetas se revelaban nítidamente contra la arena pálida.

—Hola, muchacho —dijo Petiboard.

—Hola, cerdo.

—¿Tienes el microfilme?

Vallance abrió el maletín y mostró el fusil con mira telescópica que había birlado al francotirador.

Un gesto de preocupación fue inmediatamente reprimido por

Petiboard.

—Aquí está el microfilme —dijo Jack—. Pero antes de entregártelo me gustaría saber qué contiene.

—Las pruebas de que he colaborado con algunos servicios extranjeros. Burdley las reunió lentamente. Fue su venganza. Yo le expulsé del servicio. Era un buen agente y cometí un error. Tendría que haberle liquidado.

—¿Qué esperaba hacer Burdley con el microfilme?

—No lo sé.

—Aquí tienes —dijo Vallance alargándole la cápsula de metal.

Petiboard la abrió y extrajo el microfilme. Luego se inclinó y lo observó a la luz de una linterna de bolsillo y bajo una lupa.

—¿Es el conecto?

—Sí, lo es —dijo, sacando un mechero y quemando el microfilme.

Cuando se puso de pie y levantó la cabeza hacia él, Vallance detectó un rápido movimiento de los ojos y se arrojó a un lado. Pero no lo hizo con suficiente rapidez y el golpe del francotirador le alcanzó en el centro de la cabeza. Cayó aturdido sobre la arena y se maldijo por no haber liquidado al tipejo.

—Está bien, Cole. Me hago cargo —dijo Petiboard.

Vallance se puso de pie con dificultad y miró a los dos hombres. Petiboard sostenía el

Smith & Wesson

del 38 en su diestra, con el cañón aumentado por el silenciador.

—Lo siento por ti, muchacho —dijo a Vallance.

—Tú también debes sentirlo, patán —dijo Jack al francotirador —, porque no dejará testigos. Seguramente has oído la conversación que hemos mantenido y sabes que nuestro buen Petiboard es un doble agente. ¿No es así?

El cerebro del tipo funcionó a toda máquina, pero no con la rapidez con que Shelley utilizó su arma. Apartó ligeramente el Smith & Wesson

del pecho de Vallance y metió dos disparos en el cuerpo del asesino a sueldo.

Vallance se dejó caer a un costado y sacó la pistola de calibre 22 del bolsillo apuntando desde la cadera. Los estampidos fueron breves pero certeros. Una bala atravesó el cuello de Shelley y otra

se hundió en su pecho, a la altura del corazón. Entre los dos disparos, sin embargo, el 38 buscó el cuerpo de Vallance y le alcanzó en el estómago.

Jack sintió que se le cortaba la respiración y mientras controlaba los movimientos antiperistálticos de su aparato digestivo se alegró de no haber probado bocado.

El chaleco antibalas le había salvado la vida.

Puso la pistola calibre 22 en la mano derecha del francotirador y comprobó que los dos hombres parecían haber sostenido un duelo en el mejor estilo del salvaje Oeste.

Recogió el maletín y fue en busca de su automóvil.

Abrió la puerta pensando en Rhea y recibió a «Cat» en el hombro. Se había cambiado de ropas en el cuarto del viejo polaco y ahora vestía un traje oscuro, camisa azul y corbata de seda. Se quitó el abrigo y el sombrero junto con el gato y sonrió a la muchacha.

Rhea vestía un vestido largo y blanco, de gasa, abierto por delante hasta el ombligo. Los senos dorados pedían a gritos que una mano les liberara de la precaria trampa del escote.

—Hola, amor —dijo Rhea.

—¿Cómo sabías que vendría esta noche?

—¿Cómo sabías tú que la cena era de gala?

Se besaron largamente mientras la lluvia repicaba en las ventanas.

«Cat» lanzó un maullido y Rhea se apartó de Vallance para mirarle a los ojos.

—¿Has acabado todo? —preguntó.

—Sí.

—¿Quieres que mañana almorcemos con mi padre?

—De acuerdo, pero antes hemos de recoger a un viejo polaco amigo mío. Creo que hará buenas migas con tu padre y, además, le prometí que le presentaría a mi novia.

—Ven, es hora de cenar —dijo Rhea, besándolo suavemente en los labios.

—¿Y luego? —preguntó Vallance.

—Haremos el amor como si yo fuera tu primera amante —sonrió ella.

—Entonces será mejor que me presente, pequeña. Mi verdadero nombre es Chance Jackson.

Ella le tendió la mano y Chance la estrechó con fuerza.

—Encantado de conocerle, señor Jackson.

Desde la repisa saturada de animalillos de cristal, «Cat» el gato les observaba inexpresivamente.

FIN

(El "pierde kilos")
-SUPER VOG-

Cinco minutos de VOG equivalen a 10 km en bicicleta o 5 a pie. Con esto será suficiente para perder una libra (pulgada) y obtener la figura deseada. Se le proporciona manual e instrucciones para realizar los más variados y sencillos ejercicios. Especial para hombres y mujeres.

Caballero Rta. 1.164 **650,-** Plus
 Señora Rta. 1.115 **590,-** Plus
 SUPER Rta. 2.177 **950,-** Plus



**LAMPARA
 MAGNETICA
 DE COCHE**

Unidad práctica. Siempre a punto de coche. Dispone de un cable menor donde se conecta el cable a una potente luz magnética que permite colocarse en el lugar más adecuado. 12 v y 3 metros de cable como la corriente en el encendedor de su coche. LA LUCE MAS PRACTICA DE SU AUTO. MOVIL. Lámpara magnética de coche.



Ref. 2088
 por sólo 750,- plus



051 300 10 22
 051 300 83 03

CUPON DE PEDIDO A PRUEBA

SI EN EL PLAZO DE 8 DIAS NUESTROS ARTICULOS NO LE SATISFACEN
 PLENERAMENTE LE GARANTIZAMOS LA DEVOLUCION DE SU DINERO

REF.	ARTICULO	PRECIO

☐ PAGO A REEMBOLSO

☐ PAGO EN SECCION DE CREDITOS

GASTOS DE ENVIO **200**
 IMPORTE TOTAL

Nombre: _____ Edad: _____
 Domicilio: _____
 Población: _____ Dirección: _____

Reservado a: _____ Apellido: M-020 BANCO

EQUIPO GIMNASIO

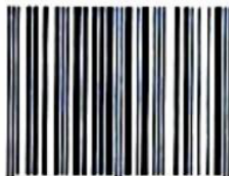
Uniendo cinco minutos diarios estos aparatos de entrenamiento superior, es muy fácil conseguir una impresionante musculatura de atleta, que le hará ganar la admiración de todos los hombres, y el respeto de todos las mujeres.

GIMNASIO INDIVIDUAL 5 PIEZAS

Bata de Torón - Juego de Pulso de Fuerza
 Super VOG - Juego de pulso y huesos
 Rta. A. 201 Plus **2.550,-**

GIMNASIO INDIVIDUAL 4 PIEZAS

Bata de Torón - Juego de Pulso de Fuerza
 Super VOG
 Rta. A. 202 Plus **1.950,-**



8 410018 006208



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.

